



TABARÉ

REVISTA LITERARIA

MONTEVIDEO

URUGUAY

AÑO I

NÚM. VI

SEPTIEMBRE DE 1914

MONTEVIDEO



Paradis des Enfants

TRULLA, NADAL Y CIA.
Calle Sarandi, 542 Montevideo

Tel: LA URUGUAYA 2557 (Central)

Novedades ARTICULOS para
NIÑAS, NIÑOS Y BEBÉS
CALZADO INGLÉS

CASA DE COMPRAS EN PARIS
Cite d'Hauteville=8

TEODORO ZAMBRA

INTRODUCTOR

Calle Agraciada 2304, esquina Marcelino Sosa



UNICO REPRESENTANTE DE LOS AUTOMÓVILES
"LANCIA"

Neumáticos, Correas, Trasmisiones
Seda especial para molinos, Accesorios y repuestos
en general, Aceites minerales, etc. etc.

EXISTENCIA:

UN VOITURETTE Tipo campo, igual a la ganadora del Raid de Córdoba, B. A., habiéndose clasificado:

Ira. Categoría, Profesionales.

Ira. Categoría, Amateurs

A LLEGAR 2 DOBLE FAETON 20-30-TORPEDO, TIPO CAMPO

Se ruega a los suscriptores del exterior y de campaña, se sirvan remitir los giros correspondientes á sus suscripciones, á fin de no sufrir interrupciones en la recepción de sus números.

Corresponsal y Representante general en
BUENOS AIRES

Jorge Stirling Haedo
PARANÁ, 1173

Agentes Comerciales

EN MERCEDES

Mirassou Seuanes y Cia.
SAN JOSÉ ESQ. COLÓN

EN FRAY BENTOS

Plácido Escribanis

EN PAYSANDÚ

José Florio (hijo)

EN MINAS

Romulo Nano Lottero

EN TRINIDAD

Carlos M. Sanchez

EN ROCHA

Carlos N. Rocha

EN NUEVA HELVECIA

Manuel Queiros

EN FLORIDA

Eusebio Lorenzo

BIBLIOTECA "TABARÉ"

CARLOS MARIA DE VALLEJO

"Las Horas Galantes"

(POESÍAS)

ACABAN de APARECER

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.50

EN VENTA EN LAS LIBRERIAS
Y EN LA ADMINISTRACIÓN DE "TABARÉ" RINCÓN 508 (3^{ER} PISO)

Estudio Fotográfico
GRECO y C^{IA}

«FOTO-ÉLECTRA»

ARTE Y ALTA CALIDAD

URUGUAY, 1121

Entre Avenida de La Paz y Avenida General Rondeau

Teléfono La Uruguay 1802, Cordon

MONTEVIDEO

E. SORRENTI SASTRE Tailleur para Señoras



1195 - MERCEDES - 1195

TEL. LA URUGUAYA, 923 (CORDÓN)

Montevideo



CASARÉ

REVISTA
MENSUAL

DIRECCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN

RINCÓN

N.º 508

MONTEVIDEO

SUSCRIPCIÓN

ANUAL

\$ 5.50

SEMESTRAL

\$ 2.75

MENSUAL

\$ 0.50

N.º 1.º ATRASADO

\$ 0.70

SUMARIO:

Versos de: Leopoldo Díaz. — Manuel Bernardez. — Paulino Alfonso. — Carlos María de Vallejo. — Pedro L. Bersetche. — Manuel Ballesteros. — Ito. Eduardo Perotti. — María H. Sabbia y Oribe. — Atilio Herrera. — Ricardo Garzón. — Julio Raul Mendilaharsu. — Victor Bonifacio. — Pedro Leandro Ipuche.

Prosas de: Jose Pedro Segundo. — Carlos E. Restrepo. — Alvaro Armando Vasseur. — Julián Quintana. — Rafael Sierra. — Alberto Nin Frias y Emmanuel Martínez. — Yamundú Rodríguez. — Fabiola.

DE NUESTRA VELADA

«LA EPOPEYA DE ARTIGAS» POR EL DR. JOSÉ PEDRO SEGUNDO

Señoras: señores: Si esta noche o mañana, por uno de esos inconcebibles ensalmos en que están algo exentas estas épocas de investigación y prosa científicas se nos apareciera inopinadamente un ente insólito y extraño a todas las cosas del mundo, demandándonos con irresistible imperio la definición comprensiva y sintética del talento del doctor Zorrilla de San Martín, — todos a una le responderíamos que, por cima de cualquiera otro merecimiento o calidad, priman y señorean en su espíritu, como infundiéndole su sello esencial, los dones y facultades del temperamento oratorio. Si es cierto que las diosas de la buena fortuna deponen en la cuna de sus elegidos, a la manera como las abejas del Atica libaron en los labios de Platón las regaladas mieles de Grecia, los escogidos bienes con que la posteridad exorna después esas vidas indeclinables y gloriosas, — ¡qué mucho que encontremos para caracterizar su peroración tan personal, el ímpetu fervoroso y caliente, la afluencia musical y pródiga del decir, y la fogosidad arrebatada con que llega al corazón de su público! De cuantos han ejercido sobre almas de hombre, el don de la palabra hablada, realzándolo por los privilegios del arte, ninguno se alzaría con un vasallaje más universal y eminente, que aquel que, exhibiéndose en plena inquietud creadora, alcance a dar con las angustias de la composición recién alumbrada, la oración resonante que le tomó para portavoz de su verbo. Los más grandes momentos de la historia de la elocuencia en el mundo, han debido ser necesariamente, el raro y privativo atributo de algún imprevisto improvisador que, recogiendo en el aire el mensaje que busca una voz alada que lo exprese, identifica el coro humano y mudo con el esfuerzo del orador, uniéndole a sus entrañas calientes en el hervor de la fragua creadora, donde se forma la palabra imperecedera; y cuando da, por fin, en la flor de la manifestación inmortal, nos trae a todos estremecidos y jadeantes, como si la creación fuese obra nuestra, y nuestro espíritu y la carne toda se avasallasen a su influjo. Zorrilla de San Martín es un orador de esta casta, no sólo por la fiebre de su improvisación magistral, sino por su conocimiento del elemento patético, y su dominio del ritmo del lenguaje.

Pero, a poco que fuésemos escrupulosos o veraces, tendríamos por inexacto el juicio anterior, no por falaz, sino por insuficiente e incompleto. Si Zorrilla de San Martín es antes que nada un orador, en este orador hay sobre todas las cosas un lírico. Desde los tiempos en que las fiebres y arrebatos de la juventud buscaron para su estallido sonoro aquellas "Notas de un himno que son — si carecieran de otra calidad, — las armonías de su inspiración y talento, — por las predilecciones de su espíritu, por los maestros que más tarde o desde esa época se dió, como ese inolvidable Gustavo Bécquer, amado de todos, que es en España uno de los poetas de mas hondura e intimidad de sentimiento lírico del mismo modo que por la preferencia formal de sus obras, que le lleva a crear un poema épico en la estrofa mas quejumbrosa, desvanecida e íntima de cuantas se usaban en su tiempo, — en sus discursos, en sus poemas, en sus artículos, en sus cartas, en sus escritos, hay una cosa permanente e inexcusable: la preocupación casi obsesional de su yo vivaz y sincero, no invasor ni chocante, sino seductor y expansivo, reivin-

dicando en cada oportunidad sus indubitables derechos, para decir el fugo de su pasión nacional, la llama de su fe, o su opinión benevolente sobre el tema en cuestión que no ha aprendido en los libros, sino en la experiencia del mundo. Hay muchas clases de oradores; pero el improvisador caluroso tiene tal afinidad con el cantor exaltado le su "yo" personal, que alguna vez, y éste es el caso de Zorrilla, deben presentarse juntos, apoyándose o reforzándose recíprocamente con los dobles prestigios de una y otra excelencia espiritual. "Le salta del corazón a los labios, sin esfuerzo aparente el grito arrebatador, el rápido verso pindárico, la palabra henchida de sustancia luminosa, que deja rastro deslumbrante en el espacio, a manera de relámpago que no es sino una chispa, un punto fulgurante, pero que por su rapidez, parece una serpiente de fuego, bajando del cielo a la tierra". He aquí el autorizado juicio de Pablo Groussac; y aunque él califique particularmente al poeta de la "Leyenda Patria", yo no sabría hallar una fórmula a la par más profunda y completa para definir al orador. En Zorrilla, el lírico es generalmente oratorio; pero el orador es un vate. Recordemos para ratificarnos, el discurso pronunciado en Madrid, en honor de don Gaspar Núñez de Arce, en el banquete dado por la Asociación de Escritores y Artistas españoles, como su Presidente.

Esta fusión íntimísima que grava por modo tan característico su temperamento y su obra, se vuelve más indisoluble y entrañable apenas recapacitemos que el doctor Zorrilla de San Martín, aparte su sentimiento cristiano, no ha exaltado otra cosa en todas las formas que le ha sido dado domeñar en el arte, que la fe en el porvenir de su pueblo, la religión del patriotismo oriental. La fantasía del bardo y la dialéctica, por lírica antes embalsadora que convincente, del perorador, han buscado de propósito en el sentimiento nacional, su razón de ser a la vez que su tono y su orgullo. Hay un historiador, pues, resonando a las plantas del orador y el poeta. "La Leyenda Patria" es la historia versificada de nuestro pasado histórico; el "Tabaré" es por excelencia la leyenda americana aborigen, fundamentalmente histórica también, lo es todavía la parte más sólida y duradera de sus "Conferencias y Discursos": "El descubrimiento y conquista del Río de la Plata", "El mensaje de América", "La lengua castellana", "El Idealismo hispánico", "La valleja", "León XIII y la América Latina", "Las Misiones salesianas", etc., etc. ¿Dónde debía conducirse esta persistente orientación? Un día un decreto gubernativo promulgado con el intento de poner por obra de una vez, lo que era de tiempo el voto permanente de los uruguayos, encomendó al doctor Zorrilla de San Martín, la redacción del édnico, a que debían ajustarse en su creación, los artistas llamados a fundir en el bronce la figura sin segundo de nuestro padre secular! La elección estaba bien hecha, pues el electo había sido, según confesión propia, en forma instintiva al principio, reflexiva y científica después un constante adorador de nuestro "triumfante dogma cívico"; pero el doctor Zorrilla de San Martín, antes de eso, era orador, era poeta y era lírico.

En una obra somera y fugaz, pero de todos modos expresión de un espíritu como pocos, avisado y penetrante, Emilio Faguet, refiriéndose al historiador inglés Tomás

dad. Hora musical, hora de mármol diáfano. El nocturno inaudito, arquitectural y sinfónico, está escondido en el aire. Y también están en el las líneas, y los colores, y las impresiones imasibles, prohibidas, innaccesibles; las de la diosa inviolada, con luz mortal en las pupilas, que se entrevén sin existir.

"Viví en esa hora, si ella os llama, mis amigos artistas. Es la hora en que Artigas, en la costa de Uruguay, que va a cruzar, mira por última vez larguissimamente las colinas suplicantes de su Patria. No volverá a ellas; no volverá jamás.

"Y cruza el río, con los últimos pedazos de su ejército, lleno de sangre, como un vendaje.

"Oh viejo rey Lear!...

"Hasta mañana, mis amigos artistas. Si vosotros sintieris lo que yo siento al contarlos todo esto, haríais obra inmortal. Mañana hablaremos de eso..."

¿Cuál es el valor histórico de esta Epopeya, que suena y se magnifica como un canto? ¿Cuál, el significado de

la figura eminente del Prócer, y su misión social o política? ¿Qué sent oídoopdome shrdlu shdu emyw fr zt ti ca? ¿Qué sentido podemos conceder, aparte su merecimiento literario o estético, a la concepción sociológica que palpita rebosante en sus páginas? Son estos tal vez los puntos más soberanamente interesantes de cuantos pudiéramos proponernos respecto de la obra que estamos comentando; pero como el tiempo ha pasado, y el tema es fecundísimo, os ruego me excuséis por no tratarlo esta noche. Como presumo que el asunto os interesa entre todos, y yo tengo gusto en el tópico; os prometo para otra vez, en forma de folleto, revista o discurso, mi opinión sobre el autor y la obra, rigurosa sin impertinencia, como cuidadosa sin vanidad. A falta de otro mérito, en ello pondría s'empre mucha simpatía y calor afectuoso, como el fuego más noble de mi devoción nacional. Y entretanto, repitamos para concluir, las mismas palabras del escritor, a quien con tanto placer como justicia, celebramos: "Mañana hablaremos de eso..."

He dicho.

Presidencia de la República

Bogotá, 21 de Abril de 1914.

Señor don José Enrique Rodó.

Montevideo.

Mi estimado amigo:

Entre el horror de la democracia colombiana (ya, en esa época, ordenada); la preparación de un mensaje final para el Congreso, y la celebración de un tratado con los Estados Unidos, me fortaleció con la lectura de "El Mirador de Próspero".

Libro bueno, libro piadoso, que da horas de sosiego a los días amargos.

Pocas veces tiene uno la pena—o el gusto,—de estar en desacuerdo con Vd. "Sin alguna discordia o contradicción la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde, al cabo, la discordia renacería del seno del fastidio; nos pelearíamos entonces de puro fastidiosos" (*En la armonía, disonancias*).

Y empiezo por estar refuido con el pensamiento de Taine aplicado como epígrafe del libro. Su libro no se puede arrojar ("jeter") a las veinte páginas ni tratar como un diario; se impone desde el título hasta "Los que callan..."

En mi labor oficial pro-Colombia verá Vd. que la llamo a la vida industrial, económica, de trabajo, en "aparente contradicción con los ideales de Vd.

Para comprenderme, es necesario darse cuenta de cómo se ha domesticado aquella vida entre nosotros... y apreciar lo mucho que tengo que contrariar las recomendaciones de mi ánimo, allá donde cabalga mi señor don Quijote, Cristo a la jinetá.

Pero advierto que en alguna parte del libro Vd. me da la razón: obrar de otro modo "significaría haber deshecho el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda a la reconstrucción de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por puerilidad aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es molde manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe". (*La Prensa de Montevideo*).

En eso vamos en Colombia: en afirmar paredes y techo; al cincel estatuario le llegará su turno.

Culmina Bolívar en *El Mirador*. Entre los muchos que han escrito sobre el Héroe, es Vd. quien se le acerca más.

El guerrero y el pensador se merecen.

Sigue al estudio de Bolívar—o no sé si antecede,—otro que no está titulado en su libro, pero que se lee por entre todos sus renglones: el americanismo solidario y fuerte, como el ideal más alto de nuestros pueblos, el solo digno de llenar esta casa, o mejor, este palacio del Nuevo Mundo.

Y se alinean luego, en fila de honor, don Juan Montalvo y Juan María Gutiérrez; don Juan Montalvo primero, no me atrevo a decir por la importancia del personaje, sino por lo sólido, lo macizo y lo fulminante del estudio.

Me refugio, finalmente, en aquel remanso callado de *El Niño Dios*, para aplicar a mis hermanos americanos: "Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, nido orgía. Respetemos el sueño del Dios niño que duerme..."

Desde el mismo refugio pido al Niño Dios que bendiga su libro bueno, su libro piadoso, que da horas de sosiego a

Su admirador y amigo.

CARLOS E. ROSTRUPPO.



JULIO HERRERA Y REISSIG

A STÉPHANE MALLARMÉ

(Sonnet inédit)

La coupe est irrécusable, en murano fragile:
Un reflet du couchant y met sa larme d'or
Translucide, et l'on songe à l'âme qui s'endort
Ivre d'une tristesse indolente et subtile.

Et voici qu'à travers le vase une pupille
Évoque la sirène au fabuleux trésor,
Ou dans l'enchantement d'un magique décor
Le miroir de Circé mystérieux rutille.

Tel de ton noble vers le sortilège pur
Maître, sut iriser d'un chimérique azur
La perle ou coule un flot de léthéenne moire....

Or les rares élus de tes fêtes étranges
Uniront à l'orgueil de leur casque illusoire
Une plume ravie aux ailes de l'Archange!

Christiania, 1914

LEOPOLDO DÍAZ.

PROFECÍA DE LA RAZA

(Fragmento de COLUMBIA)

Crepúsculo.

El zorzal enamorado

Cantaba.

Silenció, ganando el nido,

Porque, en la calma que envolvía el prado,

Turbó los aires tormentoso ruido.

El águila de Zeus, el can alado,

Regresaba del reino del Olvido.

El Cóndor, que accehaba

Desde el alto cantil, en la espesura,

El paso inquieto de la bestia brava,

Oyó el estruendo inusitado y grave.

Abandonó la altura,

Llegó a la zona que cruzaba el ave

Y—"ven" le dijo "poderosa! vuelve!

Yo sé tu gloria y tu misterio! Sube

A mi natal montaña, que la nube,

Madre del rayo, con su aión envuelve!"

El ave se detuvo:

"Quién es?"

—"El cóndor que te ofrece abrigo!"

—"¿Odiás?"

—"¿Olvido!"

—"Subo!

Subo al cantil a vigilar contigo!"

Veloz el ala los alzó. Surcaron

Los ámbitos azules,

Rumbo a los cielos altos y serenos;

Y con su voz los ecos se llenaron

Como si hablasen entre sí dos truenos.

—"Que fué del Urunday?"

—"Surca los mares,

Convertido en bajel!"

—"Estaba escrito!"

—"Arrebatado de los patrios lares,

Con su rencor y con su duelo a solas,

Lo vi marchar con rumbo al infinito,

Entre un coloquio de borascas y olas!"

—"Es ley! Las aguas quietas

Y las razas pasivas,

Las fuerzas sedentarias,

Han de ceder ante las fuerzas vivas

En colosal hervor de ansias secretas:

Ante las grandes fuerzas expansivas

Que mueven a las razas temerarias!"

Llegaban a la cumbre,

Donde del Sol a la postrera lumbre,

Cuelga a secar la nube sus girones.

—"Repara" dijo el Condor" como empieza



SOCORRO MARTINEZ DE SOSA DIAZ

A tender sus crespones
Una noche de oprobio y de tristeza
Sobre ese vil rebaño de naciones!
Niñas y ya desérticas! El vicio,
La fuerza antigua de la raza enerva,
El cristal de sus bríos despedaza,
Y con flores oculta el precipicio
Adonde va corriendo
A perecer, degenerada o sierva!
Sierva! Sierva la raza!
Que llenó el mundo con el alto estruendo
De su diana triunfal! Desatentados
Marchan los pueblos, sin saber adonde!
Cual es su norte? En gritos angustiados
Claman a Dios, y solo les responde
El eco triste de su voz!"

"Te engañas",

El ave antigua respondió: "Si herida
Gime la raza de dolor, la vida,
Como al volcán, le hierve en las entrañas!
Quién espera su ruina, no la espere!
Irás hasta el fin porque su Dios lo quiere,
Y lo puede la indómita energía
Que su destino colosal gobierna!
Ni aún la noche polar es noche, eterna,
Y esa tiniebla, espesa de agonía,
Está en cinta del día
Que llenará de audacia y de alegría
Los corazones de firmeza faltos!
Es que la raza ha roto la armonía
Del espacio y del tiempo—y la Utopía
No irá al azul, mientras camine a saltos!
Piensas que marcha sin saber adonde!
Ah, no es verdad! Acaso la borrasca
De fuerzas en conflicto que la empuja,
A su mirada el derrotero esconde
Y desorienta la marina aguja;
Más con los tiempos pasarán las pruebas:
Vendrán las brisas y las fuerzas nuevas

A darle impulsos y serenos rumbos;
Y esa nave que ves desgobernada,
Y que ir parece, entre terribles tumbos,
A caer en el abismo o en la nada,
Pronto en las ondas hallará su nado;
Y sin barrera que su audacia corte,
Desplegará las velas
Y la enseña latina
A la brisa marina
Cargada de amorosas cantinelas,—
Y corriendo su largo,
Por el piélago amargo
De la agitada Historia,
Dejando en él una argentina raya,
Del porvenir, en la distante playa
Arribará a la Gloria!
Y llenará el desierto de naciones!
Sembrará las naciones de cariños!
Matará siempre, domará leones,
Eleverá a su Dios los corazones,
Honrando viejos y educando niños;
Y cuando, entronizada la Justicia,
Amamantando fuertes en su seno,
Prodigue a todos su viril caricia,
Y sobre el Mundo su virtud ejerza,
Y nadie ría del dolor ajeno,
Y triunfe en el certamen de la fuerza
La fuerza del más bueno,
Reirá gozoso el Sol; los viejos cantos
Recobrarán la arcádica inocencia;
Las montañas saldrán de su indolencia
Sacudiendo las nieves de sus mantos;
Y adormeciéndose al amor del río
Que acaricia los cármes fecundos,
Y al rumor milagroso de los mundos,
—Palomas que persigue en el vacío
El halcón deslumbrado de la Ciencia—
Germinará la espiga en el plantío,
Mientras vigila el Juez en la Conciencia!"

MANUEL BERNARDEZ.



ANA SAAVEDRA DE CARDOSO

DE LOS «DIAPSALMATA»

DE SÖREN KIRKCGAARD

Ad se ipsum

Grandeur, savoir, renommée,
Amitié, plaisir et bien,
Tout n'est que vent, que fumée
Pour mieux dire, tout n'est rien

¿Que cosa es un poeta? Un hombre infeliz que oculta graves penas en su corazón, pero cuyos labios están de tal suerte conformados que el suspiro y el grito, al pasar, por ellos los vuelven sonoros como un bello instrumento. Su destino es análogo al de aquellos desdichados que luego de encerrarlos con el toro de Falaris los atormentaron a fuego lento, y cuyos clamores no llegaban a oídos del tirano sino convertidos en suaves músicas.

Ahora los hombres se arremolinan en torno al poeta y le dicen:

—Canta pronto de nuevo; es decir, que nuevos sufrimientos torturen tu alma, que tus labios conserven la antigua conformación, porque los gritos nos inquietarían; pero, la música es suave."

Y los críticos se aproximan diciendo:

—Muy bien; así debes cantar, según las reglas de la estética." Se comprende. Un crítico se parece a un poeta como una gota de agua a otra gota de agua; solo que el no tiene penas en el corazón, ni música en los labios.

He aquí porque yo preferiría ser porquero con Amargrevo y hacerme entender de las pías que ser poeta e ir a que me escuchen los hombres.

Prefiero hablar con los niños; de ellos aún se puede esperar que podrán un día ser seres razonables; mientras que los que lo son ya—Dios mío!

Cuan descontentadizos son los hombres! Nunca aprovechan de la libertad que tienen, reclaman lo que no poseen: tienen la libertad de pensar, exigen la libertad de hablar.

No quiero nada. No tengo ganas de andar a caballo, es un ejercicio muy rudo; no me place examinar; uno se cansa demasiado; no tengo ganas de acostarme, porque, o es necesario permanecer echado, y no tengo ganas, o es menester levantarse, y tampoco quiero hacerlo. *Summa summarum*: no quiero nada.

En general, la imperfección de todas las cosas humanas es tal que solo por contraste se posee lo que se anhela. No hablo de aquellas riquezas de posibilidades que puede dar tanto que hacer al psicólogo, (el melancólico posee sobretodo el sentido de lo cómico, el sensual posee especialmente el sentido de lo idílico, el libertino, el sentido de lo moral, el exéptico el de lo religioso); a mí me bas-

ta con observar que la beatitud solo se entreve desde el pecado!

Digo de mi dolor como el inglés de su casa; mi dolor: "*is my catte.*"

Muchos hombres consideran tener dolores como una de las comodidades de la vida.

Todavía, en nuestra época, Don Juan atraviesa el escenario con sus 1003 amantes. La omnipotencia de la veneranda tradición es tal, que nadie osa sonreír. Si un poeta moderno hubiera tenido el coraje de hacerlo, le habrían silbado.

Yo creo tener el valor de dudar de todo; el valor de luchar, creo, con todo; pero no tengo el valor de conocer, ni el valor de poseer.

Los más se lamentan de que el mundo sea tan prosaico; que en la vida no acontezca como en las novelas donde la ocasión es siempre favorable. Yo me quejo de que en la vida las cosas no ocurran como en las novelas, en las que hay que luchar contra padres crueles, contra gigantes y enanos, y liberrar princesas encantadas.

Que con todos esos enemigos, si se les compara con los fantasmas nocturnos, pálidos, exangües, de muerte durísima con los cuales yo combato y a quienes yo mismo doy vida y existencia?

A mí me falta en todo y por todo la paciencia de vivir. No puedo mirar crecer la hierba y ya que no puedo no quiero contemplarla. Mis ideas son consideraciones fugaces de un monitor escolástico que recorre la vida, precipitadamente.

Un proverbio dice: Nuestro Señor hace que el estómago se lleve antes que los ojos. Yo no opino así: mis ojos están llenos y hartos de todo, y todavía tengo hambre.

Entre las cosas ridículas de este mundo, la más ridícula me parece la de ser desenfadado, la de ser un hombre diestro para comer y hábil en su oficio. Es por ello que cuando en el momento decisivo yo veo una mosca posarse

en la nariz de un tipo de este jaez, o un coche que pasa apresuradamente salpicarlo de barro, o al puente levantarse antes que el acabe de llegar, o una teja caerle encima y matarlo, entonces río de todo corazón. Y quien puede menos de reír! Que hacen estos morescaños presurosos? No semejan a aquella mujer que aturrida por el incendio de su casa huyó salvando las tenazas?

Que otra cosa salvan del gran incendio de la vida?

Que los demás se lamenten de la maldad de nuestro tiempo; yo me quejo de su mezquididad, hija de su falta de pasiones. Los pensamientos de los hombres son frágiles y sutiles como encajes; ellos mismos son miseros como las chiquillas que hacen los encajes.

Los pensamientos de sus mentes son harto mezquinos para que resulten pecaminosos. En un ribrión, se podría considerar como un pecado tales pensamientos, no en un hombre creado a imagen de Dios.

Sus deseos son tardos y medidos, su pasiones, soñolientas. Estas almas de tenderos cumplen con su deber; pero como los hebreos se permiten raspar un tanto las monedas creyendo que, por muy exacto que sea el señor en su contabilidad, siempre podrán estafarlo un poquito ¡Uf!

Es por ello que mi espíritu vuelve siempre al Antiguo Testamento y a Shakespeare. Allí sí siente que los que discurren son hombres: Allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, maldices su estirpe para todas las generaciones; allí se peca.

El resultado de mi vida será nulo, un sentimiento, un solo color. Este resultado se parece al cuadro de aquel artista, que debiendo pintar el paso del mar Rojo tiñó toda la pared de rojo, explicando después que los hebreos habían pasado y los egipcios, yacían sumergidos.

Ocurre en un teatro que de pronto el escenario se incendia. Aparece el Bufon para avisar al público. Creyendo que se trata de una broma el público aplaude. Aquel repite el aviso: el público aplaude mas. Yo me figuro que el mundo perecerá entre el aplauso general de los espirituosos, que creerán que se trata de una broma.

Para mi nada hay mas peligroso que recordar. Apenas yo recuerdo una cosa de la vida, la cosa misma desaparece. Se dice que la separación ayuda a reavivar el amor. Es exactísimo, pero lo aviva de una manera singularmente poética. Vivir en el recuerdo es el mas perfecto modo de vida que se pueda imaginar. El recuerdo satisface mas que cualesquiera realidad; tiene una seguridad que ninguna realidad posee.

Un hecho de la vida que ha sido recordado, ha pasado a la eternidad; ya no conserva ningún interés terrestre.

Según la leyenda, Parménidas perdió el don de la risa en el antro trófonico, pero lo recuperó en Delos al ver una peña informe que según le dijeron representaba la imagen de la diosa Leteo. Lo mismo me ha sucedido a mí.

Cuando era muy joven olvidé la risa en el antro de Trofonio; mas tarde, cuando abrí los ojos y consideré la realidad, reí, y desde entonces sigo riendo.

Vi que la importancia de la vida consistía en rebuscarse con que vivir; el objetivo, en llegar a consejero; que el deseo potente del amor era hallar una muchacha rica; que la beatitud de la amistad consistía en ayudarse mutuamente en los apuros económicos; que la sabiduría no es, sino lo que la mayoría juzga que sea; que el entusiasmo consistía en pronunciar un discurso; que el valor radicaba en atreverse a pagar una multa de diez pesos; que la cordialidad se manifiesta diciendo: "buen provecho" después de una comida; que la devoción significaba comulgar una vez al año. Vi esto. Y reí.

Creo haber llegado al conocimiento de la verdad; a la beatitud, ciertamente no. Que debo hacer? Actuar en el mundo, contestar a los hombres?

Debería comunicar mi dolor al mundo, contribuir a probar que todo es triste y mezquino; descubrir una nueva mancha en la vida humana, ignorada de mis antecesores?

Así podría lograr la maravillosa recompensa de ser célebre, como aquel hombre que descubrió las manchas en Júpiter.

Prefiero callar.

Yo soy como el cerdo de Lunemburgo. Mi pensamiento es una pasión. Puedo fácilmente desenmascarar a los Tartufos, para bien de los demás, sin provecho para mí.

Mantengo los problemas en equilibrio sobre la punta de mi nariz; pero no puedo impedir que caigan de tanto en tanto sobre mi cabeza.

Toda mi existencia ha sido una lucha contra mí mismo. Yo no quiero tener discípulos.

Día llegará en el que los profesores embotellarán mis pensamientos para uso de sus delfines.
¡Cuidado, sin embargo, con los vinos rancieros!

Tu solitario, tu que te sientes solo como en una barca en altísimo mar, tu, eres mi hermano!

Las fuerzas imperan; no puedo detenerme. He terminado, y he aquí que todo comienza de nuevo.

Como aquella princesa de *Las Mil y una noches* yo salvé mi vida narrando, produciendo...

Lo podía todo con tal que me dejaran crear...

Se fútil, y todas las dificultades desaparecerán!

DESPEDIDA DE ROMEO Y JULIETA

(Traducción)

Julietta.—¿Ya quieres irte? No es aún el día,
El ruiseñor, Romeo, y no la alondra,
através tu tímpano medroso;
el ruiseñor, que en la profunda noche
se posa en el ramaje del granado,
y canta. No lo dudes, amor mío.

Romeo.—Fue la alondra, el heraldo de la aurora,
no el ruiseñor. Observa, amada, observa
las líneas curvidosas que se enlazan
a las dos bocas nubes del oriente.
Las lamparas nocturnas se apagaron,
y con los dedos de los pies, el día
jubiloso va irguiéndose en las cumbres
de los montes velados por la niebla.
Si me voy, vivo; y si me quedo, muero.

Julietta.—Mas no es esa la luz de la mañana,
lo sé bien: es un fulgido meteoro
que exhala el sol, a fin de que, al volverte,
el conductor de tus antorchas sea,
y el camino de Mantua te ilumine.
Quédate: no es preciso que te vayas.

Romeo.—Que en buena hora me apresen o me maten:
estoy contento, porque así lo quieres.
Diré, Julieta, que aquel gris lejano
no es el ojo radiante de la aurora,
sino el reflejo pálido que surge
en la frente de Cintia (1); y que no es esa
la alondra que la bóveda del cielo
golpea con sus notas tan arriba,
sobre nuestras cabezas. Me es más grato
permanecer contigo que salvarme.
Ven luego, ¡oh, muerte!, bienvenida seas.
Julieta así lo quiere. ¿Qué dijiste?
Hablemos, alma mía, no es la aurora.

Julietta.—Si es, si es. Vete, Romeo, sin demora.
En verdad, de la alondra es ese canto
que por los aires desacomode sube
con estridentes y ásperos sonidos.
Dícese con frecuencia que la alondra
la división endulza; yo lo niego,
pues nos separa; y asimismo dicen
que ha cambiado los ojos con el sapo.
Pudieran, ¡ay!, cambiar, también, de voces,
ya que la de la alondra nos asalta,
tu brazo de mi brazo desuniendo
con su ascensión intrépida hacia el día.
Vete luego, Romeo, pues la lumbre
aumenta, aumenta.

Romeo.—Luz, más luz; y se hacen
con la luz más oscuras nuestras penas.

Santiago de Chile, 1914.

PAULINO ALFONSO.

(1) Sobrenombre de Diana. Refiérese el poeta a la luna, reino de la noche.



MARIA HERMINIA GARZON CASARAVILLA

LA ESPADA TOLEDANA

Espada que ha ya siglos en yunques toledanos
forjaban los artifices con mágica maestría;
honra que fué en hidalgos de aquella edad bravía;
en que jamás rendida la miraron sus manos.

Acero a cuyo temple cayeron los tiranos
y en famosas empresas de conquista, lucía
con resplandor sagrado la estóica valentía
de nobles capitanes y nunca de villanos.

Al frente de los tercios históricos de España,
enalteció el prestigio de la raza, su hazaña
dominadora y santa en hechos de grandeza;

O en alguna aventura de amor por una rosa,
debajo de una reja se cruzó victoriosa
en un lance galante, con gallarda nobleza.

CARLOS MARIA DE VALLEJO,

LOS POETAS

Al poeta amigo Carlos Sabat-
Ercasty.

Peregrinan... su antigua caravana
Invade con su luz la trayectoria...
Ellos forman la estirpe soberana
Que exultan los laureles de la gloria.

Cruzan ungidos en su fe profana...
Y en su voz encantada y laudatoria,
Vibra la inspiración del alma humana,
Presintiendo el clamor de la victoria.

Postra su magestad Naturaleza
Ante sus misteriosas armonías
Porque pasa con ellos la Belleza...

Ungen sus blancas frentes de alabastos...
Y entonan sus lejanas letanías
Bajo la gran mirada de los astros!!

Mercedes

EL PROFUNDO VISIONARIO

Al intelectual Wilfredo PL.

El silencio, interrumpe el campanario
Con algo de sopor y de dolencia...
Y su mágico son pide clemencia
Para un bardo solemne... funerario.

Fué un rapsoda, vehemente, solitario
Alentador de toda su existencia,
A quien el mundo en grave confidencia
Llamábale—El Profundo Visionario—

Fué su voz un litúrgico lirismo
En la noche más triste y soberana
Que los ritos del viejo cristianismo.

Hoy sigue la emoción de la campana
Reviviendo su dulce misticismo
Bajo la austera sombra rusticana!!

PEDRO L. BESSETCHE.

INMORTAL

Ealson y Villefranco han quedado atrás; nos acercamos a Cambo. Creo llegar antes de las once a Baygorry, punto de mi destino. Mis cálculos fáciles me prometen la vuelta esa misma tarde a Bayonne, si es posible a Biarritz. Pero ¡Dios mío! con esta marcha lenta, en este tren pesado y poco confortable! ¿quién sabe? si mis propósitos se realizan en el día.—He dicho que el tren no era ni lujoso, ni cómodo ni rápido? pues es verdad. Mas alegres, ascados y hasta más veloces! quien lo creería? son los de mi país. Pero en cambio, el camino, el paisaje, ¡ah! eso sí, son acá mucho mejores. La vía avanza bordeando la Nive en su rápido descenso sobre un lecho de blancos guijarros y arenas doradas. A la izquierda, la campiña de luz y de color, todo un jardín florido sembrado de villas coquetonas, acariadas por el follaje,—en las lomas, rústicas y sonrientes alquerías. A la derecha, el contrafuerte escalonado de los bajos Pirineos, ascendiendo al horizonte, a la distancia, a cumbres más altas que cortan el horizonte. Y bosques en las faldas, y perfumadas praderas en los valles, y un clima transparente y plácido en estos primeros días de Septiembre. ¡Oh, el hermoso país de los vascos!...

¡Por qué voy solo, sin el interlocutor amigo que provoca y anima las expansiones, arrellenado en el fondo de este pequeño compartimento de primera del que soy por el momento dueño absoluto, apesar de haber transcurrido una hora larga de camino? ¡En primera, a estas alturas! ¡bendita sea la niñera sud-americana!

Nos hemos detenido en Cambo. He contemplado, al pasar, el pequeño lago magnífico, decorado de alamedas y orgullosas residencias. El tren arranca y la portezuela de mi compartimento se entreabre. ¡Por fin un pasajero! Se adelanta; me hace una ligera inclinación de cabeza que devuelvo por mi parte mucho más acentuada. Toma asiento frente a mí, contra la ventanilla, colocando a su lado como único equipaje el envoltorio de una riquísima y ligera manta de abrigo. Es delgado, flexible, la tez pálida; el cabello un poco largo asoma por debajo de un sombrero blanco, colocado con elegancia; lleva guantes de fina gamuza y ha tomado una actitud señorial, sin afectaciones. Es una persona de elevada posición social; no hay duda, sí, es un caballero....

...Mira distraído el paisaje que hay, no se preocupa de mí. Pasan y pasan los minutos; el tren se ha detenido de nuevo; ha vuelto a arrancar. Nada... como si yo no existiera. En cambio yo a él lo examino con atención prolija, con nerviosa impertinencia. Es que ese perfil... los ojos pequeños e inquietos, la calva tersa extendida que acabo de vislumbrar, el cordón de seda que se pierde bajo la solapa a cuyo fin, aunque no lo veo, debe estar el monóculo... ¡oh sí!... lo que sospecho, ha tomado forma, se concreta.... la misma silueta de fotografías y revistas.... Cambó...! Tiene que ser! Ya he visto claro, no me equivoco, nadie me probará que no es él. ¡Eli!...

Si conversáramos ¡qué éxito! Ah! no es él, apóyame la oportunidad al vuelo y me lanzo. Rápido, ensayo en mi mente diversas iniciales de conversación; pero apenas hecha la idea la frase moría en los labios. ¡Siempre la emoción enemiga del triunfo o ¡quién sabe! si su acicate.

Ha tomado un cigarrillo, va a fumar. ¿Usted permite? Oh! sí señor.

No tiene fósforos, hace además de buscarlos; se vuelve, va a pedirlos seguramente al "garçon de la buvette".

El momento es decisivo. Ofrezcáale mi caja de fósforos. La toma y al devolvermela le ruego que la guarde... yo no fumo... no la necesito. Acepta entre sonriente y sorprendido y fijándose leé: Montevideo. ¡Montevideo!... dans l'Amérique du Sud, n'est ce pas?

Es verdad contesto, Montevideo,—en el Uruguay—sobre el Río de la Plata. Oriental, no Argentino... porque nosotros estamos primero... y ya en el calor de mi entusiasmo iba a explicarle nuestras interesantes "malquerencias, lo que nos mortifica en la vanidad nacional el ser confundidos con los argentinos; las razones que tenemos para considerarnos superiores.... Por suerte me ha interrumpido:

Debe ser un bello país de sol, su país?

Ah sí, es exacto señor. Pero, en cambio, vuestra Francia atrayente y seductora es nuestro ejemplo, una orientación, un ideal. Ella nos ha ofrecido progreso, leyes, civilización, el concepto ameno de la vida en el desdoblamiento de su alma flexible, de su alma latina. Hablo y hablo exagerando la devoción deslumbradora que alos uruguayos nos sugiere el brillo sin igual del espíritu francés. Saltando de un punto a otro, sin hilación, sin concluir el comenzado tema las ideas más extravagantes debo haber enhebrado en este declamación sin fin. De de Musset a Víctor Hugo, de Balzac a Zola ¡qué sé yo! Mi interlocutor ha seguido mi discurso con una sonrisa complaciente, posiblemente irónica ¡qué pensará de mí este señor francés tan atildado y sereno? No me importa. Yo voy a mi objeto. Continué con la misma impulsión irrefrenable ¡Y el teatro, todo lo que de la gracia chiapanque y exquisita de París se desdoblaba en la comedia, en la fina comedia francesa que, a menudo, como dulce mensora, va a deleitarnos allá abajo.—Y desfilan nombres, juicios, situaciones; los magos de la escena, la frase mundana, la sutil elegancia. Hervieu, Lavellan, Bournisien... Y ese último teatro nimbado en las gasas de la más fina poesía, de inspiración tan alta, tan romántica....

¡Rostand! ¡Ah, Rostand señor, ¡qué genio benéfico! qué poeta! ¡qué extraordinaria resurrección de una oculta ya abandonada y sin embargo arrebatadora!

Digo estas últimas frases con temblorosa expresión.

He sorprendido en mi interlocutor una mirada de entornados ojos que parecen animarse; la sonrisa pliega sus labios con un signo intraducible. ¡Es sorpresa! ¡es ironía!

Mais vrai! ¡est-ce que vous connaissez Rostand chez vous, monsieur!

¡Que si le conocemos! si somos capaces de sentirlo! La divina Sara, así la llamamos, vuestra Sara Bernard, como una bendición, ha extremecido calidamente nuestras almas, despertándonos a las bellas iluminadas de L'Aiglon. ¡Qué versos magníficos cantados por una labia de oro, con las modulaciones de una voz vibrante como el cristal. Toda la epopeya del empuje napoleónico

SEÑORITA BOHEMIA

"Señorita Bohemia", amada de Cárrere;
Bajo tu protección ningún ensueño muere,
Tienes un femenino encanto de mujer.
A tus besos de hielo
Creemosles de cielo;
Eres como un lirismo que se tornara vuelo:
Pasan Mimi y Rodolfo, los héroes de Murgüer.

Yo viví tu locura, tu hechizo peregrino
Con una "midinette" en el Barrio Latino,
Bebí el absintio glauco de tu Villa Lumière:
Sueños encantadores,
Sendas hechas de flores;
A tu lado se olvidan los más hondos dolores;
La copa de tu vino siempre ofrece placer!

Yo he traído una chispa de divina demencia;
Yo cuido en mi jardín mi flor de quintaesencia;
Al lado del Quijote marché tras el ideal:
Los señores burgueses
Miran mis altiveces
Y sonríen a veces
Por que no tienden alas sobre lo material.

Yo canto a las estrellas
Palidamente bellas,
A las chicas románticas
Y a la costurerita suave y sentimental...
Si la vida me apremia,
Señorita Bohemia,
Me acuerdo de tus gracias para mi madrigal.
Tu égida protectora embellece y azula,
Tu prestigio romántico y supremo estimula:
Con versos de Musset y risas de Mimi.
Tienen los estudiantes,
Los vagos trashumantes
Y los titiriteros ambulantes
En el fondo del alma un altar para ti.

Amada de los raros, tu beso no importuna,
Eres como una hermana terrestre de la luna.
Sabes de las vigilias largas y del afán
Duro de las creaciones
Y de las concepciones.
Tu floreces la mente con fastuosas visiones
En las horas azules con quimera y sin pan!

A. MONTIEL BALLESTEROS.

EL CRIMEN VULGAR

Pieza en verso, en un acto

ESCENA II

PIERROT, luego COLOMBINA

Pierrot —... Nadie asoma... Solitario
está el lugar en el silencio agrario...
¡Ah, del molino!... ¡Nadie!...
(Aparece Colombina en una ventana)

Colombina—Ya soy contigo, blanco peregrino...
Pierrot —(Aparte) Garrida moza, singular belleza,
con la salud de la naturaleza...
(Pausa. Allégase Colombina)

Colombina—¡Salve, señora! ¡Salve peregrino
que llegas al azar de este camino
desde la imprevista encrucijada
hasta nosotros!... Dime, ¿qué porfiada
empresa trae a la escondida
esta tus pasos? ¿Que razón?

Pierrot — Mi vida
quiere paz un instante. Yo imagino
que dentro la hallaré este camino
pues que sus alas abre fraternales
como brazos, lo mismo que leales
brazos de hermano. Quiero mi destino
que sea a queste plácido molino
refugio del paupérrimo escenario
el seno a mi dolor hospitalario.

Colombina—No hallarás, peregrino, el hospedaje
improrrogable aquí, sigue tu viaje
por otras vías a propicios lares,
donde son generosos los hogares
y donde las domésticas virtudes
privan y donde si en demanda acudes
de asilo te abrirán con regocijo
no como a un hermano, como a un hijo.

Pierrot —¿Me niegas el amparo? ¡Ciertras
las puertas al viandante? ¡Me destierras!

Colombina—(Con sincera efusión)
Yo mi regazo fiel te brindaría,
también con celo maternal, tendría
para tí los solícitos cuidados
que para sus infantes bienamados
reservan las mujeres, más no puedo...

Pierrot —¿Qué se opone?
Colombina— ¡Silencio! Háblame quedo
no sea que en llegando mi marido
oyera nuestras confidencias...

Pierrot — Pido
señora, mil perdones... No pensara
jamás al ver tan juvenil tu cara,
tan púberes tus senos, que fueras
esposa...

Colombina— Tengo veinte primaveras.

La escena representa la campiña en otoño. En primer término, sobre la derecha un molino descomulgando al margen de un río, cho forentoso. Al fondo, un bosque de robles y de pipinos. La luz el mar. Crepusculo.

Pierrot —Y yo, señora, tengo treinta inviernos.
Todo es salud en tí, sabe los tiernos
perfumes que se escapan de la breve
corola de tu alma. En mí, la nieve
blanca como un manto de ceniza
y es mi espíritu un lirio que agoniza.

Colombina—Tú eres joven también...
Pierrot — Lo soy en años,
en verdad, pero viejo en desengaños...

Colombina—(Con afanoso interés)
¿Te disgusta la vida?

Pierrot —(Como inseguro)
Yo... la amo...

pero se muestra ella sorda a mi reclamo...
le soy indiferente... se dijera
que en mí vé solo un paria... un cualquiera...

Colombina—¿No eres injusto cuando así te quejas?

Pierrot —(Prosiguiendo)
...la Vida es la Mujer... corren parejas
su volubilidad y su inconstancia...
mientras una me deja... me distancia
la otra...

Colombina—(Compasiva)
¡Pobre amigo...!

Pierrot —(Presentándose)
Colombina— Pierrot...
nombre...! ¡Bonito

Pierrot — ¿No te suena a vulgar?
Colombina— Repito
que me agrada y que me sabe a nuevo...

Pierrot —...otros lo llevan como yo lo llevo...
¡Somos tantos Pierrots!

Colombina— ¡Es sorprendente!
¡Tan vulgar como dices y la gente
de esta comarca no lo nombra...!

Pierrot — ¡Claro!
...hay países en donde es casi raro...

Colombina— ¡y tanto! Mas, perdóname divina...
(Presentándose a su vez)

Colombina...
Pierrot — ¡Dijiste Colombina!
¡Tu sí que tienes musical el nombre...!

Permíteme señora que te nombre...
¡Colombina...! ¡Divina Colombina...!

Colombina— ¡Mentiroso!
Pierrot — ¡No tal— Eres divina
y mi labio sincero se complace

en la música que tu nombre le hace...
¡Colombina...!

Colombina— ¡Silencio!... No quisiera
que algún eco traidor repitiera

mi nombre por tu boca pronunciado...

Pierrot —(En voz baja)



NIÑOS DE SANTAYANA GARCIA

EL ÚLTIMO GUERRILLERO

UNA VISITA AL GENERAL TABÁREZ

El general Ramón Tabárez, una figura única de los tiempos de hierro de nuestra historia—criado en los fogones de los campamentos, debe a su tesonera voluntad, ayudada de su recio puño en los campos de batalla, la alta gerarquía que ocupa en el escalafón militar de nuestro ejército.

Niño aún y ya soldado voluntario de la Defensa, a diario y sin permiso de su jefe, el general Paz, salíase de las trincheras para, a campo raso, entre las quintas y zanjos de las Tres Cruces, y del Paso del Molino, embiertos de emboscadas enemigas, como en una diversión, jugarle la vida en las guerrillas, sin pararse nunca a hacer la cuenta del riesgo y del provecho.

En la cruenta contienda, firmada al fin la paz sin vencidos ni vencedores, Tabárez, apresuradamente abandonó la plaza; después de nueve años, ávido, buscando en su elemento natural, la libertad de los campos, el aire que necesitaban sus pulmones.

Pero, inopinadamente, con la entrada del general Flores a Montevideo de golpe y zumbido transportado el guerrillero al corazón de la capital de la República, en su roce con las piedras de la calle y en su trato superficial con algunas personalidades de la élite de su partido, su espíritu vivaz al igual de su envoltura cimbradora, se pulimentaron en forma tal, que su silueta en poco tiempo llegó casi hasta destacarse del montón, cuando de particular, con sus trajes cortados por "el Profeta", con sin igual desenfado cruzaba los salones alfombrados de rojo del Fuerte de Gobierno, o en un 25 de Agosto, de militar y como ayudante ad-hoc del Presidente don Lorenzo Batlle,—su grande amigo,—entraba a la Matriz, en un Tedeum, acompañándole a la cabeza de un cortejo de magnates; abriéndose calle por la nave principal, al través de apiñadas y elegantísimas damas, de pie, a los vibrantes acordes del himno nacional.

Y cuando, de improviso, en una noche de retreta, saludando y sonriendo a todos se presentaba en la plaza de su pueblo; alto, buen mozo, enjuto de carnes, levantado de vientre y exquisitamente perfumado, con su perillera a la militar francesa, de un negro azulado y más brillante que las alas del cuervo nervioso, chisoteando el aire con su flexible ballena de puño de oro, regalo de José Cándido Bustamante,—con su levita, sus guantes, su sombrero de felpa, su chaleco blanco y sus erugientes botines de charol, indiscutiblemente, Tabárez, en su pueblo; en su pueblo maragato, "semillero de blanquillos", elipsaba en aquellas horas, en la plaza desierta de familias y atestada de chinas y soldados, al propio don Venancio, "el Ilustre Libertador", que, en elígie, y al son de las habaneras, dando volteretas, se ofrecía a la muda admiración de la embelesada concurrencia, retratado de medio cuerpo sobre el enorme vientre de madra de aquella transparente celebérrima farola que un pamparo destruyó, y que para la banda de música, bajo la dirección artística del jefe político coronel Mora, a grandes brochazos, acertó a pintar al negro humo el retratista y proticónico del pueblo; ¡Verdaguer!

Con el correr de los años, a raíz del asesinato, por un comisario de policía del periodista Liborio Pérez y como consecuencia de una imponente manifestación de protesta del pueblo entero, en el entierro de aquel, en cabecado por Tabárez; el Ministro de Gobierno don Carlos

de Castro—otro enuembrado amigo suyo—le ofreció la Jefatura. Pero Tabárez, contrariando (acaso por la primera vez en su vida) la opinión de su consorte, doña Antonia, la generala, agradeció la distinción pero rehusó el cargo.

Hasta no hace muchos años, los Tabárez vivían en la casona cuya propiedad aún conservan en el pueblo de su nacimiento; y que tenía, en aquel entonces, un gran fondo de más de un medio sitio, con una caballeriza para los dos cocheros y el caballo de guerra del general; un establo para la yaguané y la pintada, dos tambores mansitas como un sueño; y en el centro, un pozo de aguas llovedizas rodeado de cañas de castilla y donde, de noche, en un tutti atronador de sonidos discordantes, con el ladrado de todos los perros del barrio solitario, al unísono con los grillos, cantaban las ranas y los sapos. En aquella copa de aguas cenagosas, durante el día, bebían las gallinas y chapuzaban los patos del corral.

En el extremo estaba la cochera, con su techo de tejas rojizas, refrescadas en verano con verdes camadas de ciuita, que, con su propia mano y en la plaza de enfrente, cortaba el general. En aquel galpón, el sargento Peña—un enamorado maneo de atléticos contornos y más renegrido que un porrón de tinta—los domingos, al regreso de la familia de "misa de once" o de las funciones de "La Moratín", en el "Vallbona" a las dos de la mañana, guardaba, después de bien frotada con sus badanaos, el cómoda y envidio volatín del general, por los correas de charol cruzado en la traquera y rematadas en cada uno de sus cuatro extremos con una cineclada y hermosísima cabeza de león.

En el patio, sin una hormiga, prolijamente enladrillado y siempre bien barrido, había—lo recordamos también perfectamente con gran parral, dos copudos naranjos, una gorieta de *burucuyá*, una tina verde con varias matas de guaco, ningún clavel blanco y muchas rosas coloradas.

Un caserón, en fin, en el que se respiraba la salud y la limpieza, hermoso y amplio aunque ubicado en los arrabales; más cerca del cementerio que de la plaza principal, en la esgrima y haciendo cruz con un potrero, o algo así, pomposamente denominado plaza y en cuyo desamparo—que todavía se conserva casi tal, cual—recientemente y para llevar hasta allí el progreso, se tuvo la luminosa idea de colocar la gran estatua del general Artigas, la primera que al héroe se le ha erigido en el país.

—"¡Aquí es donde estará bien... y no allá, en la plaza de los cogotudos abollaos!..."—había dicho doña Antonia...

Y no hubo más.

Y el prócer, vaciado en bronce—como la estatua de Dantón en París—gallardo y activo; al través de los pliegues de su uniforme de blandengues transparentando su pujante virilidad... en el gran silencio recordando el aire; levántase sobre su alto pedestal, con su escaquilla, su pantalón ceñido y sus botas de granadero, mirando hacia la morada de los Tabárez!... dominando al Hospital y achatando al revelero; de pie, con la mano izquierda apoyada en el puño de la espada y al tiempo en que con fina y enigmática sonrisa, con la diestra baja su sombrero de anchas alas, en actitud de agradecer y saludar.

Agradecer y saludar... ¿a quien? Al pueblo?, al general?, a la generala?

Misterio...

Venimos de ver a Tabarez; de visitar en Montevideo, acaso por la última vez, a este viejo amigo de nuestra casa. Trazamos su silueta a grandes rasgos, antes que los relieves de su figura y el caliente colorido de sus frases, se borren o se esfumen del recuerdo; entristecidos, todavía impresionados por la figura de este Bourbagueño erio-illo, en cuyo abierto y noble rostro curtido por las fatigas y los años, desgastado ya en los ojos y en las comisuras de la boca, brilla un bigote ralo de hilos de plata, sombreando apenas sus dientes, todavía de una blancura incomparable.

El indio postrado, cuyo cuerpo crucificado de heridas, con tenaz persistencia y como brindándole al fin el reposo eterno, amoroso, dijérase, que reclama ya la madre tierra, conoce palmo a palmo todos los montes y escondrijos de la República; se encontró en todos nuestros entrevues, peleó en la Argentina, en el Paraguay y en todas partes.

Convaleciente de un agudo ataque que acababa de llevarlo a las puertas de la muerte, lo encontramos reanimado, decidido y en vena.

Lo alegró nuestra visita; charlamos del pasado. En pintorescas expresiones, el general, en su media lengua, criticó la organización moderna del ejército y se burló, de lo lindo, de los cañones Bange... "que cuestan un ojo de la cara, meten mucho ruido, y, al final de cuentas, a nadie matan!"

Mas, lo que a él irrita; lo que ostensiblemente el general detesta con toda cordialidad son "esos fusiles de repetición y a tiro largo... con los cuales cualquier *mampoya*, asustao, de lejos tira un tiro... y mata a un *Sayabá!*"

—¡Ángelitos al cielo!...—sin poder contener, su genio, exclamó entonces la generala, presente en la conversación.

—“Los valientes—continuó Tabarez—no debían morir a bala, sino bandiaos a lanza, o bayoneta, ¿no le parece?”

—Con todo, general, una cicatriz como esa que ostenta usted en la frente, la prefiero yo al mejor lanzazo...

—“En su cuero... al que Dios libre y guarde!”

—No, señora, entendámonos; en el cuero de un jefe... colorado.

—“Así me las den todos!” desdefiosamente replicó ella.

Y Tabarez: “¡Phss... Un balazo... Me lo pegaron en la Guerra Grande... en la toma de la Colonia...”

—En la Colonia ¿dice? Yo creía que había sido en Maldonado.

—En la toma de la Colonia, sí señor, bajo las órdenes de Garibaldi... pocos días antes de San Antonio... casi sobre las trincheras. Me voltearon redondo, como a un pájaro! Entonces, mi jefe, el comandante don Lorenzo Batlle, viéndome en el suelo sin sentido, corrió hacia mí... y como sintiera que el corazón latía y viera que la sangre brotaba a borbotones, hincándose, levantó mi cabeza, apoyándola sobre su pecho; y mientras que con una mano me abanicaba con su kepí, con un dedo de la mano libre, apretándola suavemente, tapó la boca de la herida... Al retirarse de mi lado para seguir peleando, dejó en su puesto a un capitán... a éste lo reemplazó un alférez, que, a poco, fué sustituido por un cabo...; vino luego un soldado... y después otro... y otro más...

y así, y en medio de las balas que llovían a granel, toda la compañía... hasta que al fin volví a la vida, y la sangre dejó de correr.

—¡Que hermosos!

—Ciertamente, tratándose de salvar a un oficial oscuro, fué un rasgo sereno y muy hermoso el de mi jefe... Gracias a él, puedo hoy contar el cuento! Y ahora, que me vengan los médicos a hablarme a mí de “desinfecciones... y microbios. ¡Hágase cargo de como no estarían los dedos de toda aquella milicada que, bajo el fuego, me taponeó la sien!”

Y, con toda naturalidad y como respondiendo a una convicción profunda: “Hay balazos y cicatrices gloriosos, no hay duda, como la del general Mitre, demos por caso... pero, ¡qué quiere!, yo estoy por las chuzas...; y a tener que morir ¡y! en el campo de batalla, ¡qué quiere! me gustaría caer como en el Pastoreo, cayó mi jefe el coronel Enciso... o, como más tarde, en la guerra de Aparicio, mataron a los maragatos Higinio Fernández y Lizardo González, en la batalla de Severino... dentro el mismo cuadro roto a lanzazos, de las infanterías del general Goyo Suárez, en aquella celebre carga, que decidiendo la acción, les llevó la caballería de Muniz... Hay que hacer justicia y decir la verdad: ¡aquellos eran orientales!”

—¡Y los otros, los que los mataron, ¿qué eran?...—asombrada preguntó entonces doña Antonia.

—Italianos!...—respondimos nosotros, buscándole la boca.

—Ahora tenemos máuseres... muchos máuseres,—prosiguió Tabarez, tratando evitar toda discusión—el porque está lleno... pero, los orientales, con tanto militar de escuela... como hoy sobran, ya no volverán a tener máuseres como Aparicio, ni como Máximo Pérez, ni como...

—¡Como Goyo y Masimo, quedarás decir, saltó la generala, con gesto avinagrado, ya picada.

—Con una lanza en la mano, Timoteo Aparicio... lo reulaba a Máximo, ni al general Suárez, ni a nadie!

—Pues si los tres eran iguales, no sé al santo botón de que, un jefe colorado, al mentar el valor de los orientales, ha de tener en la punta de la lengua el nombre del mulato!...

Y en tono que no admitía réplica: —El Chaná fué el primer lancero del país... frente a él, todo el mundo lo sabe menos vos, tu Aparicio era un poroto!...

Tabarez, entonces, viéndolas venir, con su exquisito tacto diplomático, aprendido en su trato con el doctor de Castro:

“¡Vaya, compañera, cálmese!... no se me enarbole!... Hay que ser cortés con las visitas... No se olvide que este buen amigo que ha venido a vernos y a tomar un matecito con nosotros, cebado de su mano, es blanco, de nacimiento... Bueno, que le parece, ¿se anima?”

Doña Antonia, entre retobada y risueña, se levantó a cebar el mate; y el marido, con cariño, mirándola y así que aquella se perdió dentro la cocina:

—¡China linda!... No chausige!... Más colorada que Yivera!... L aunque a más de un blanco, cuando quemaban las papas, me ha ayudado a esconderlo bajo las camas... ¡eso sí, no agnanta pulgas...; bellaques en la opinión!

Reinó un momento de silencio. Luego, sirviéndose ya por la segunda vez—de un frasco al alcance de su mano, dos cucharadas rebosantes de un licor rojizo, dijo al tiempo de empujarse su posición:

—¡A caballo cansao, latigazos!... pero, lo cierto es, aunque después me postre, que esto me da bríos...

—¡Sí, amigo—dijo después, reanudo su tema favorito—se acabaron los valientes! Con las armas de ahora ¡cualquier día!, volvemos los colorados a tener lanceros como aquellos!... como Manduquina, Frenedoso, los Coronas y todos aquellos tigres del Norte. ¡Y a los blancos de allá! ¡cualquier china les da hoy para la División, a un Camés, o a un Miterio Pereyra!

—Y al coronel Rafael Rodríguez, ¿donde me lo deja, general?

—También era sobresaliente y de un brazo...

—¿Sobre todo, cuando le daban el lomo!—desde la puerta, replicó su mujer.

—¡El lomo!... siendo gordo, ¿a quien no le gusta esa presa en un entrevero a lanza?...—contestó el viejo, mostrando, al sonreírse, sus dientes de lobo carnívoro.

Engolfado Tabarez en su historia antigua, animándose por grados y de puro engolosinado, lamiéndose los labios; después de recordar los dobletes de *Lanza Seca*, el arroyo de César Díaz y don Venancio; el empuje de Molano y de los hermanos Caraballo, mentó aquel combate, a lanza, entre Gil Aguirre y Pampillón, que, los soldados del uno y otro bando, engañando el hambre, en las marchas penosas del invierno, o al son de la guitarra, cantaban de noche al rededor de los fogones de los campamentos; y en el cual, ambos ginetes, como un griego y un troyano de los tiempos de Aquiles, al reconocerse en una guerrilla a gritos desafiados, se trenzaron en un duelo a muerte mano a mano. Y cerrando espuelas y de la primer acometida heridos ya los dos y por las lanzas derribados los dos de su caballo, cada uno, "como un gato", vino a salir de la refriega "cuando a media rienda llegaron sus gentes a apartarlos, prendido en el lomo en pelo del corcel de su contrario".

Al llegar aquí Tabarez quedose silencioso y fatigado. Visiblemente los latigazos del tósigo, a que antes hizo alusión, comenzaba ya a obrar en la naturaleza desgastada del viejo soldado. En el deseo de arrancarlo de aquel tema:

—Bueno, general—le dijimos—después de tanto lanzamiento y de tanta interesante historia antigua, ¿qué opina, qué me dice usted ahora de la actualidad política del país?

—Phss!... phss!... ¡qué voy a opinar! Que el hombre, firme en sus trece, acabará su presidencia sin saber ni querer nada con los blancos.

—En lo que hace muy bien—retrucole doña Antonia, que volvía de la cocina y al tiempo en que, con sonrisa cortés y amable, se adelantaba a brindarnos su primer mate:

—Ustedes—agregó luego que se lo hubimos aceptado—de a uno, son muy buenos... y serán muy leales; pero, ¡en colectividad!, no se ofenda, junto con ustedes, ni a misa!... que a lo mejor dan la patada.

—Y si son buenos de a uno, ¿por que han de ser fallutos, apañaos? preguntó Tabarez.

—Como comprenderás, eso yo no puedo contestártelo.

—Todos somos orientales... no hay que ofender...

—Con la verdad ni temo ni ofendo a nadie: por ella murió Cristo... pero, no te olvides, que el tiempo de los cristos hace ya mucho que pasó... Y tomándonos el mate, que le devolvíamos, apresuradamente encaminose de nuevo a la cocina.

—El señor Presidente Batlle, parece que es muy su amigo, ¿no es cierto, general?

—Phss! Conozco al gurí... de sentarlo sobre mis rodi-

llas. Lo estimo mucho. Pero desde que es presidente, poco o nunca me allego por su casa. ¡Qué quiere!, nunca fui hombre de ir donde no me llaman. ¡Con el padre era otra cosa!

Íbamos a retirarnos, cuando Tabarez, con marcado interés, nos preguntó por la familia de un jefe amigo suyo y adversario político, el comandante Avalos.

Informado que lo hubimos del desamparo y la triste situación de aquella.

—¡Pobre viejo! ¡Tan valiente! muerto en la miseria. Bajó la cabeza cada vez más sin fuerzas, ya sin bríos y casi sin alientos.

Y como hablando solo, con un dejo amargo de ironía:

—A mí, al menos, me llevarán vestido de general!... con bandas de música!... acompañado por las tropas, de guante blanco".

La tarde había caído.

De vez en cuando, una ligera brisa que venía de la plaza, agitaba levemente un racimo de mosquetas sobre la cabeza del viejo guerrero, frente a nosotros, sentado en su sillón de reps entre las plantas del patio.

Nos levantamos.

El, apoyado en su bastón, seguido de doña Antonia, quiso acompañarnos hasta la puerta del zaguán. Al llegar a él, como tronara el cañón quien sabe con que motivo allá, por las alturas del Cerro:

—Algún buque de guerra que saluda la plaza—dijo doña Antonia.

—Tal vez el entierro de algún jefe!...—replicó Tabarez, como obsesionado por sus ideas de muerte.

—¡Oiganlo al indio maula! Tiene miedo!...

—¡Miedo!... ¡a los cien años!

—Mire, señor, no le haga caso. Abusa del remedio y después se pone así... Al atardecer, y como los toros en el rodeo, se enristre... y bala!... pero mañana, si el tiempo se despeja, se estará en el zaguán, a la resolana, revivito y como lagarto viejo calentándose al sol... y mirando a las muchachas que pasan en el tren.

—Sí. Dices bien: como un toro erisao, ¡sobre cuyo lomo le han llovido las heladas de cien inviernos!"

Al tiempo en que, y ya en los umbrales de la puerta, de nuevo, en despedida, afectuosamente estrechábamos las manos de Tabarez:

—Mire ¡quién sabe, si nos veremos más!... por eso, se lo voy a decir ahora, aquí, despacito: No me importa morir. Pero, cuando llegue mi hora, ¡sabe lo que me gustará! ¡Vea qué ideas de viejo chocho!... pues, que en el día de mi entierro y gobernando, por supuesto, un presidente colorao, bien colorao... ¡Como Batlle!— las descargas de ordenanza al dejarme bajo la tierra, en paz, la mandara un capitán blanco. ¡Que le parezca! ¡estoy, o no estoy chochoando!

—Si esos son sus deseos y tal es su voluntad, general le contestamos con respeto—por más que no abundan, no faltará, seguramente, en el ejército un capitán nacionalista que...

—¡Nacionalista no! Nada quiero con destendidos... Un blanco puro, del Cerrito... como Cabrera!"

Entonces ella, la esposa, la compañera fiel en la buena como en la mala suerte, con voz que quiso fingir jovial y chacotona, pero que, entrecortada, ahogada por la emoción, sonó en mis oídos como un sollozo:

—Otra vez!... Vamos, general, ya sabe que le tengo prohibido que hable y ni siquiera por un momento, que me piense en esas cosas!... Con su siglo a cuestas y todas sus nanas, usted va a vivir entuavía más que el Curao... y mientras no le falte su china vieja... pa cuidarlo!

RAFAEL SIENRA.

PARLAMI

Non vuoi parlar con me sommessamente?

"La tua voce é soave, é stranamente
Soave (tu mi dicesti); nel sorriso
Hai la dolcezza de l'amor; e credo
Trovarmi in paradiso
Mentre io t'ascolto, tanto
Tanto felice sono!"

Ed ora non mi parli; ora non vedo
Sfolgorare il tuo sguardo. Già l'incanto
Forse é passato?... Fammì, fammì il dono
D'un altro sogno ancor; voglio l'amato
Pendier che in te risplende. Non é vero
Ch'è mio il tuo pensiero?

Oh, dimmi, dimmi ancora inebriato
Che cerchi nel mio cuore
L'ideale eterno d'un eterno amore.
Ed io ti dirò che illanguidisce
Lentano dal tuo il cuore mio.
E vedrai come il volto impallidisce
Quando penso al fantasma de l'oblio.

Al tuo sospir io non sarò piú muta;
Mi sentirai parlarti risoluta,
Con la voce soave, stranamente
Soave, amorosa, appassionata, ardente!

MARÍA H. SABBIO Y ORIBE...

Y ASÍ HABLÓ EL PEREGRINO

(Fragmento)

Y así habló el peregrino en medio del sendero,
Deteniendo su paso cansado de viajero:
Otra tarde declina de mi largo camino;
Otra tarde que muere!... Que extraño es el destino
De todo lo existente: nacer... vivir... morir...
Lo mismo que este día, que acabo de sentir
Pesar sobre mis hombros en su melancolía,
Todo acaba, fenece... y esta inmensa agonía
Que domina en las cosas, torna tristes mis ojos,
Que lloran la impotencia de todos mis enojos
Hacia esta vida; siempre para mí ha sido amargo
El sabor de mis días, en este viaje largo
De mi existencia; siempre, caminando en la sombra,
Quebrando las espigas que me sirven de alfombra
Y hacen sangrar mi cuerpo de viejo peregrino;
Nunca he gustado un goce, ni he probado del vino
Que hace alegre la vida; jamás en mí existir

Me ha embriagado la dicha suprema del vivir;
Siempre desorientado, vagando entre tinieblas,
Conozco la tristeza profunda de las nieblas
Que me rodean; nunca mi cuerpo se ha abrigado
Con un rayo de sol; siempre he sido azotado
Por la eterna tormenta que domina en mi alma
Y provoca la duda de las cosas; la calma
No ha venido hacia mí; nunca un claro de luna
Iluminó la noche que me envuelve!... Una a una
Para mí han desfilado las horas lentamente
En el rodar continuo de los años; mi frente
Inclino pensativo y al contemplar la vida,
Siento, como una rosa que florece, una herida
Que llevo en lo profundo, y al abrirse cual flor
Destila la infinita tristeza del Dolor!...



NIÑAS DE DELGADO BRUM

LEONARDO STELIO

NOVELA INÉDITA

POR ALBERTO NIN FRIAS Y EMMANUEL MARTÍNEZ

CAPÍTULO V

LA PRIMERA COMUNIÓN

Los vecinos del pueblito donde nació tienen por santo y patrono a San Jorge de Cappadocia a quien todos los años en el mes de Abril, veneran con cultos especiales. Se acercaba la fiesta del Santo y tres misioneros franciscanos preparaban a los fieles para el día de la solemnidad. Uno de los números más interesantes de este programa religioso, sería la primera comunión de los niños y niñas de la aldea. Cada día durante "La misión" el viejo monje franciscano, preparábanos con sencillas pláticas para hospedar dignamente al Señor de los Cielos.

Francamente que el recuerdo de la primera comunión deja en nuestra alma una huella difícil de borrar cualesquiera sean las circunstancias de nuestra vida y en cualquier edad de ésta que nos encontremos, su recuerdo perdura y en más de una ocasión nos sirve para parangonar el presente con otra época más feliz.

De todas las anécdotas que nos fueron contadas dos me impresionaron indeleblemente. Y el porqué es de fácil deducción. El conmovedor episodio de Tharcisius me encantó por ser el acto de un niño y los niños, son mi parte predilecta de la humanidad.

El otro, se relacionaba con el poder de la Eucaristía para operar prodigios por su sola presencia. Durante el segundo Imperio vivía en París, un joven artista lírico de raza judía, cuyo talento musical estaba entonces en todo su apogeo. Cantaba en conciertos y óperas. El renombrado Hermann, pues así se llamaba, fué solicitado para dirigir el coro de la Iglesia de Santa Valeria, durante el mes de María. Al terminar los cánticos, exponiase el Santísimo. El joven cantor, por cuestión de raza y el ambiente disoluto en que pasaba su vida, se disponía a no hincarse cuando la Hostia Sagrada fuera elevada para la adoración de los fieles.

Existía, a no dudarlo en el fondo del alma de Hermann una facultad cegada de amor a Dios. La manifestación más accesible al hombre de la divinidad como algo tangible, vino a despertarla. Mientras el sacerdote elevaba el Santo Sacramento, el incrédulo cantor se sintió presa de un sentimiento a la vez tierno e imperioso. Obedeciendo a la gracia que le tocaba el corazón, cayó de rodillas y a doró al Dios Sacramentado.

Momento indefinible el de la gracia que substituye veste divina a las humanas. Bajo su pecho, había un tumulto de sangre que se le agolpaba en la aorta, lloraba, suspiraba en tanto sus ojos ávidos de unirse con el mas-

ter, según el símbolo volver al Tabernáculo, a su prisión de amor según el decir de un místico.

Hermann estaba ganado para Dios. Ya no podría mantenerse fuera de la ciudad de la paz donde la adhesión al credo y la emisión de la voluntad, en vista de bienes más altos y perdurables, son los deseos supremos.

La ciudad de Dios le había abierto sus puertas y experimentaba en ella tal paz, tal tranquilización de todo su ser, tal alegría inefable que a penas oía la campana de alguna iglesia anunciar la celebración de la misa, acudía a ella sin tardanza y a menudo oía varias una después de otra.

Después de esta crisis, dejaron de ejercer un imperio sobre él, el teatro y la sociedad mundana que le colmaba de homenajes. No tardó en ser instruido por un clérigo en las verdades reveladas de la fe Católica.

Algunos años más tarde, todo lo dejó para seguir a Cristo. Ajo semejante, por la exterioridad de su vida a aquel joven abogado del Evangelio, movido también por la gracia a seguir la carrera más alta accesible al hombre, al significarle el Maestro: abandonalo todo y sígueme,—no respondió con una sentida negativa, sino afirmando valerosamente su resolución incoercible. Fué bautizado Hermann y luego tomó el hábito de monje en el Monte Carmelo. Las circunstancias de su conversión eran de un orden como para consagrarlo un testimonio viviente de amor al Verbo, bajo las sagradas especies. Llegó a ser un gran predicador. Con expresión ardiente pinta los efectos de la Eucaristía en sus sermones.

"Hablaís de amor", exclama en uno de ellos. ¡Ah! qué cosa son vuestras alegrías, vuestros gozos, al lado de los delirios incontables de esos éxtasis indecibles que hacen estremeecer todas las fibras del corazón, cuando se cree en Jesucristo y que se desea ser admitido al divino convite en donde el mismo se dá por alimento? ¡Oh! Jesús amor mío, cómo quisiera encender en mis amigos de otrora, el ardor que me inflama! ¡Desearía mostrarles la felicidad que vos me dais! ¡Qué deliciosa paz! ¡Qué beatitud! ¡Qué santa algazara siento!

Ahora que mis ojos han visto, y que mis manos han palpado y que el corazón de mi Dios ha palpitado sobre mi corazón ¡ah! cuanto os compezezo por seguir ciegos dentro de placeres impotentes para satisfacer el corazón".

Aún joven, mi querido Sordello, puedo tentar muchas cosas en el mundo, pero, créeme, si no hallo en ninguna de ellas, la paz que ansío, seguiré el camino de Hermann. Será abrazar la primera vocación que tuve, y, cuyo recuerdo, siempre retorna con el perfume de las flores amadas hacia mí, en los tristes momentos. ¡Podré esperar acaso me acompañes tú también en la senda de lo infinito, tú que

tienes a ratos, el alma tan santa y divina? Vivamos entre tanto lo mejor posible y lo más cerca de Dios. ¡No te enfades por esta proposición, se la he expuesto a mi madre! La deso monja si yo regreso al convento. ¡Ya ves cuán cerca estoy de ti en mi corazón!

Amaneció el gran día. El sol esplendía como nunca bello. En la torre de la vieja iglesia echaban a vuelo las campanas, llamando a los fieles a presenciar la Comunión de sus hijos. Todos íbamos acompañados de nuestros padres. Yo, al lado de mi madre, ardía en deseos de que llegara la hora de unirme más íntimamente con Dios.

Prostrados todos al pie del altar, oímos con angelical recogimiento la santa misa. Entre tanto el órgano espacía por el templo raudales de armonía, y un coro formado por los mismos niños, repetía sin cesar el himno:

"¡Dios mío, Dios mío, acércate a mí!"

A medida que se aproximaba el momento de dar la Comunión, este canto avivaba más y más en el alma, el deseo de recibir al Señor.

Antes de comenzar el sacerdote la repartición del Pan Eucarístico, dándose vuelta hacia nosotros, nos dirigió una sencilla y delicada exhortación:

"Hijos míos ha llegado para vosotros el día más feliz de vuestra vida... Sed buenos y sumisos con vuestros padres que ejemplo nos dió Jesús, de obediencia y sumisión.

Cuidad de vuestros hermanos pequeños, a semejanza de lo que hacen vuestros padres con vosotros.

Jamás olvidéis en vuestra vida este día dichosísimo y recordad siempre que interrogado Napoleón, por un ode de sus oficiales, sobre cual había sido el día más dichoso de su vida, creyendo por supuesto que sería el de su coronación o de algún triunfo militar glorioso, respondió: fué el de mi primera Comunión."

A partir de este hecho tan memorable en una alma mística, se intensificó de nuevo la idea de la vocación.

Sin mayores contratiempos que los expuestos anteriormente, pasaron tranquilos y serenos tres años de nuestra vida. Al cabo de este período, fué imposible ya resistir a la voz de Dios que con tanta fuerza me llamaba a la soledad de un claustro.

Amorosamente me despedí de mi madre un día del mes de Marzo y fui a Santiago a golpear a las puertas del Convento de N. Recibido con amabilidad por el Prior, púzome ver las asperezas de la vida a que pensaba dedicarme. El estado religioso, hijo mío, me decía, es vida de abnegación y sacrificio. El hombre debe desentenderse de la naturaleza y materia de que está constituido para ofrecerse en alma, sentidos y potencias para Dios. Veá usted que tendrá que abandonar a su madre y a sus hermanos. Le será difícil verlos. En fin, tiene usted que negarse a sí mismo para seguir la cruz de Cristo. Pese usted las razones expuestas; vea también si su constitución física le permite soportar la austeridad de la vida monacal y vuelva usted dentro de algunos días a decirme si está conforme y dispuesto siempre a abrazar el estado religioso.

A penas puse mis pies en la calle comenzó mi alma por vez primera a vacilar.

Jamás el mundo se me había presentado tan hermoso y tentador.

¡Qué bien me sentía caminando por extensas avenidas, libre y ufano, y apreciando en todo su valer la libertad del hombre. Jamás me parecía en mi aturdimiento, haber reparado hasta entonces que las mujeres tenían cierto modo de mirar que atraía y seducía. ¡Cuanto hubiese deseado en aquel momento solazarme al lado de ellas!

¡Pero no había en mi alma una fuerza que contrarrestara todas estas vacilaciones! ¿Sería mas poderoso el ímpetu de la tentación que el divino toque de la vocación?

Debemos ser sinceros: en aquel momento aflitivo de dura prueba, no hacía otra cosa sino pagar tributo a la naturaleza humana.

¡Era libre aún! Había estado en un triz de perder lo más caro al hombre.

Cual Ulises, después de atravesar sano y salvo la horrenda tempestad, besaba la tierra buena en cuyo seno aún había tanto hermoso para mí.

Poder vivir a mi antojo, poder seguir el capricho del momento aunque más no fuere para llorar amargamente después: eso era mi deleite momentáneo.

¡Era libre todavía! Y oen ese pensamiento del que no tardaría en arrepentirme muy pronto, dormí dulcemente en el abrigo muelle del mundo.

(Continuará).

LIEJA

Llenas de ardor y torpe altanería,
Hoscas, calculadoras e inhumanas,
Intentaron las águilas germanas
Llevar a tus almenas su osadía.

La guardia vigilante, no dormía;
Su voz de alerta dieron tus campanas,
Y sus ecos poblaron las lejanas
Comarcas en que es reina la Hidalguía:

Por la raza latina, a la distancia,
Los valientes ejércitos de Francia
De hurras de guerra la nación poblaron,

Mientras las hoscas águilas rapaces
Detuvieron sus ímpetus audaces
Frente a los bravos que tu nombre honraron.

RICARDO GARZÓN.

A FRANCIA

Puede temblar la entraña de la Tierra...
Visión de sangre envuelve a un continente
Y el corazón se aduna con la mente,
Inflamando los odios a la Guerra.

¡Más el viejo entusiasmo no se entiera.
Y una idea se extiende en nuestra frente:
Si Francia debe combatir, ardiente
Anhelo por su triunfo el alma encierra!

¡Francia, todo te gufa a las victorias:
Las sublimes fulgencias de tus glorias
Y los milagros del Ideal Latino!

Después de lustros de inquietud y pena,
¡Vendrán a ti la Alsacia y la Lorena
Para dar más grandeza a tu destino!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

CANTO NUEVO

Un canto
Heróico, canto
Que triunfe sobre todo lo heróico:
Cristiano en lo santo,
Griego en lo estoico;
Lleno de alma, espiritual
Y a la vez soberbio como un monumento
O una catedral,
Encerrando un parlamento
Humano, humanamente sobrenatural,

Llorará el presente,
Sonriendo al futuro halagador
Diciendo con Manrique, formalmente,
Que todo tiempo pasado fué mejor.

Imposible para determinado
Siendo impreciso;
Virtuosamente alado,
Su vaguedad
Lo hará indeciso
Y teórico;
Lleno de espiritualidad
Sin ser retórico.

Humano.
Mucho de humanidad
Abarcando la inmensidad
De un alma, en la palma de la mano;
de un alma ejemplar,
Emersoniana y sintética,
— Tal Goethe o Mallarmé —
Símbolo secular
De ciencia y fé;
Martir en la ergástula de la Estética.

El hilo invisible
Que une las cosas:
Las piedras, las rosas,
Pasando por la bestia sensible

Hasta la estrella lejana
Que desnuda y pagana
Nos dá una lección de imposible...

El Universo, única manifestación
De la vida,
Sumergido en un todo de coacción.
La Creación,
Torbellino de esquemas
Ya percibido, ya misterioso,
Lo mismo los soles de los sistemas
Que la vela de sebo de un calabozo.

Todo, todo. El Todo,
En su sencillo
Y extraño y diverso modo:
si es canto y es concierto,
Partiendo del cantar del grillo
Hasta la voz de Dios en el desierto;
Si color,
Del indeciso matiz de ala de mosca
Al sol,
Que se abre como igneo girasol
En la siesta fosca;
Si luz, de la cerilla
Hasta el fuego central de los sistemas
Presintiendo la luz donde no brilla;
Del alma humana
Todo el matiz,

Del infeliz,
Que no lo es porque suda y se afana,
sinó por su íntima comprensión
De la Felicidad,
Hasta el hombre-ilusión
Todo serenidad.
El todo. El todo.
En su sencillo
Y extraño y diverso modo.

VÍCTOR BONIFACINO.

EL MAGO DE LA GUITARRA

El solar paraguayo nos ha enviado dos de sus hijos, elegidos del arte y del valor: El corazón de Silvio Pettirós, del cual pudiera decirse con el personaje de Schakespeare, que nació el mismo día que el peligro, pero que él nació primero; y el sensible corazón de Agustín Barrios, nido de notas de armonías y de dulzuras.

El primero, vibra desafiante y magestuoso en gesto de titán, luchando contra los elementos, y, al elevarse con sed de infinito, escribe en el espacio las primeras palabras del himno valeroso de la raza.

El otro, melodioso y sensible, asciende en las escalas de la armonía y se lleva consigo, en un éxodo de sensaciones, las almas de los que lo comprenden, para enseñarles otra de las facetas que constituyen el espíritu de su pueblo: la dulce emoción de la belleza, la quietud de los tramontas y el encanto de la umbría sonora.

Así, esos dos hombres, fuertes, el uno con contornos repujados por cíclopes; romántico el otro, con melodías cantadas al claro de luna, complementan el retrato de esa raza grande en el heroísmo y en el quebranto, jaguar y paloma, himno de los clarines batalladores, y canción de las selvas susurrantes.

Es la raza de los héroes valerosos y románticos, la de los Tabaré.

Torceras que anuncian el advenimiento de las águilas. Raza de crepúsculos que tiene soles porque tiene estrellas.

Barrios es el mago de la guitarra; artista sin restricciones ni empequeñecimientos, los Dioses iluminaron su cerebro y sus manos con la gaya luz de la divina sabiduría.—Crea y ejecuta.—Sueña y plasma; y lo que es concepción en la mente, es carne de sentación en las manos virtuosas.

El no le arranca voces a la guitarra; dá su propia voz, la interior, la que suena en los momentos del alumbramiento artístico, cuando el espíritu es una inmensa lira pulsada por las manos invisibles de la inspiración; cuando la concepción llega hasta el exterior y el artista, con generosidades de apostol, dá a los que sufren hambre de idealismo, el blanco y Sagrado pan de la belleza.

La lira gaucha forma parte de él mismo; vibra como su corazón en las bordonas, canta como su idealidad en las "primeras", y en tanto las notas centrales dicen calidamente la pasión y el fuego, los agudos, ríen como el Iguazú en las cascadas, las notas optimistas del que

posee la clave de la victoria sobre la vulgaridad, esa convicción consoladora de los "raros" en la que se refugian los espíritus para olvidar lo cotidiano.—Que es un blasón poder hacer cesar el monótono ruido de la lluvia vulgar, al embrujamiento de una caja sonora que fraternalmente aliada a nuestro sueño, gime la elegía de un triste pampeano, canta el repiqueteo de un aire granadino, y "es tapera", alma y margarita, confundidas entre los motivos de una rapsodia americana.

Así, Barrios, no solo sabe hacer decir a la heptacorde melodiosa y taciturna, la sinfonía que cantan la llanura, el arroyo y el bosque; es quien en los talleres del insomnio teje borda y sueña la oración sin palabras, la universal leyenda que pone una frescura nueva en cada atormentado y define un color siempre vario en el prisma de todos los espíritus.—Esa inmensa marcha nupcial, mensajera de luz del secreto de un alma, enviado a todas las almas hermanas en mil notas que amenazan o imploran, rugen, sueñan, deprecian o gimen; que pasan cada una viviente y sonora, como una procesión de creyentes que cruzara cantando sus salmos con rumbo al ensueño...

Oyendo a Barrios he asistido a la resurrección de los riegos, desconceptuados, motivos musicales de todas las regiones de América.

Su leyenda guaraní es un cuadro del Paraguay, sencillo y grande, con mucho de marcha heroica y mucho de elegía pasionaria. Música totalmente guaranítica, en la dulzura del soñar indio, en la paz del crepúsculo toba o en la tempestad del gesto charúa.

Espejo del alma pura, grave y dulce de este artista, su música es clásica en sus giros, severa en la expresión y grande en la sinceridad.

Yo creo con el artista que es la guitarra el complejo instrumento que mejor cuadra a sus sueños; porque ningún otro podría repetir seis veces la leyenda sin palabras que Barrios tejiera en la sonora soledad de sus nocturnos artísticos.

Para él es la guitarra un alma de mujer subyugada por el gesto de vidente sensible a toda influencia de belleza que vibrará al conjuro de sus manos. El alma de una hermana buena que lo adivina y lo ama en un consorcio ideal. Alma proteica que en el "estilo" prende una margarita junto a sus trenzas, que teje ñanduti mientras desfilan las mágicas escenas de la leyenda, y que palidece y se muere en las evocaciones de los "tristes pampeanos" como se muere una estrella, como se muere una novia, en la inquietud del crepúsculo o en la quietud del olvido.

YAMANDÚ RODRÍGUEZ.

DE «LOS TERRONES SOLARIEGOS»

(PARA MI RUBIA UNICA)

I

Labremos panales
Con neotáreas flores
Y rayos de estrellas,
Bajo la perfecta techumbre del cielo,
Entre los ramajes de las almas nuestras.

Matices de aurora;
Rumores de fuente
Que, temblando, suena;
Harpegial canturía de pájaros
Cuyas alas tienen azules fulgencias;
Colores, sonidos;
Música del pago;
Vaporosa esencia
De las ramas que el viento transforma
Con sus dedos livianos en cuerdas:

Todo eso pongamos
En la grata fronda,
Donde las abejas
Del amor que en nosotros habita
Tejerán su escondida colmena.

II

Cesto de canciones;
Mi huerta sellada,
Donde un jardinero,
Con sus milagrosas llaves franqueando,
Desparrama estrellas y colores pétalos.

Jardinero mío
Vestido de blanco,
Cuyo nombre eterno
Es venero inexhausto, y yo invoco,
Porque con él vivo; y porque en él ereo!

Amor es el nombre
Que te dan mis labios
Ungidos del fuego
Que en el alma encienden las hondas ardencias
De los ratos idos, tornados recuerdos!

Palomita mía;
Rolina cantora
Que en mi largo invierno
Tienes en el pico cantares propicios
Y en las alas calores fraternos...

III

El zurrón pendiente,
Como cruz de agobio,
De mis hombros pálidos;
Con sudor de ascensión en el cuerpo,
Y temblores de luz en los párpados,

Erraba, sintiendo
Mi sayal de sombras,
Sostenido en la curva del báculo,
Requiriendo una esquiwa que puso
Vibraciones extrañas en mi ánimo.

Misterio de afines
Anhelos que viajan,
Que se buscan y se hallan, chocando
Sus suspiros fecundos de albricias,
Y sus besos de carne en los labios.

El encuentro vive
Como nota única
Entre los milagros
Que pueblan el mundo sutil de mi psiquis,
Derramando misterios diáfanos.

¡Viejos conocidos
Por la vez primera
Que nos encontramos!
¡El amor intuitivo conduce
Al encuentro real de los astros!

Naciste en mi espíritu
En una mañana
Fundida en el molde nuevo de un encanto,
Al mirar dos calandrias nativas
Que tejían su nido en un gajo;

Al ver que dos rosas
Confundían sus pétalos
Al impulso suave de un hábito;
Al mirar las agujas astrales
En los surcos las fibras hilando...

Mi barca de ensueños;
Mi churrinche estivo;
Mainumby de susurros alados
Que en las tersas corolas se espeja,
Poniendo matices y polen sagrado.

IV

Agua de mi arroyo
En que el camalote
De mis ilusiones columpia el capullo
Que es un cáliz de luz donde albergan
Los ecos nocturnos.

Sonoro alambrado
Donde el viento artista
Ejecuta con dedos traslúcidos
La canción adurmiente que infunde
La paz del crepúsculo....

Porque eres de carne,
De sangre, de nervios,

gusto... De espíritu puro;
 Porque, abundando en mis ojos clarísimos,
 Entiendes mis ansias, mi amor, mis impulsos;
 Porque eres tan tenue
 Que pareces formada
 Con tijeras solares;
 Porque eres tan rubia que erco
 Que tú has desnatao todos los trigales;
 Porque eres armónica
 Como mi guitarra
 De cuerdas de alambre;
 Porque eres mi virgen de azules alitas;
 Porque eres la única que puede ser ángel;
 Porque me alimbaras;
 Porque me enloqueces;
 Porque me transformas, me elevas, me abates;
 Porque cuando duermo te arropo de tules
 Y te exorno la frente radiante
 Con catorce estrellas
 Que se deshílan en regios diamantes;

Porque eres la hostia

Que hasta el alma llega,
 Y sujeta pasiones y bríos,
 Levantando mi frente, enajada

Abril de 1914.

De ideas azules, pensares, volidos...

Porque un harpa has hecho
 De música blanca,
 —A la luz simbólica del astro noctívago,—
 De la reja vestida de flores,
 En donde mis dedos se hunden entre lirios...

Por eso eres mía;

Por eso soy tuyo;

Por eso te invito

A labrar los panales eternos
 Del amor que nos tiene cautivos
 En sus redes de mallas de oro
 Donde nadie se siente perdido,
 Pues que libre es el hombre, sujeto
 A lo que abre cauces de luz al espíritu...

Dame tus dos manos, que en nuestro camino
 Puede haber tropiezos, barrancas y fosas.
 A saltos y vuelos todo libraremos.
 Dios nos ha bendecido. Es la aurora.

Todo splende en murmurios, en trinos,
 En gorjeos, rumores y aromas;
 Y hasta el fondo abismal del espíritu
 Entra el día con luz milagrosa;
 Y el amor nos ata por siempre las almas
 Con cintas de estrellas bordadas de gloria!

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

CARTAS Á UNA AMIGA

Milán, Abril 1914.

Cumpliendo lo prometido en el momento enterneedor de nuestra despedida, empiezo hoy esta serie de cartas que te llevarán sinceramente mis impresiones de viaje. Quizá algunas de mis observaciones te parezcan pueriles o ingenuas, no importa: te aseguro que serán bien mías y no tomadas de las guías y de los prospectos reclames!... ¿te sorprenderé?... Te aseguro que más de una "correspondencia" publicada en los diarios y firmada por viajeros, ignorantes o no, pero incapaces de coordinar dos líneas sin faltas gramaticales, son fieles traducciones de las innumerables guías italianas, francesas e inglesas que se venden aquí en todas las Estaciones de las Ferrocarriles y en el mismo kiosco encuentras a tu paso.

Un periodista español que hizo el viaje con nosotros desde Río de Janeiro a Vigo, me dió la clave de ese enigma que siempre me había preocupado, esto es: de como personas cuya conversación revelaba la poca cultura de su espíritu o la nula inspiración de su mente prosaica, podían sin entender de pintura de escultura, de música o de arquitectura, describir sus impresiones con tal poesía, en algunos casos, y en otros con términos al alcance únicamente de los iniciados. Riendo, el buen compañero, tomó un catálogo de una exposición, traducimos el comentario sobre uno de los más bellos cuadros y después cambiando alguna que otra palabra, por ejemplo: donde se leía "hermoso" pusimos "bello" donde "blanco" "niveo" donde "paz" "tranquilidad", pudimos los dos firmar dos artículos muy aceptables que hubiésemos enviado, en la se-

guridad de hacer muy buen papel, a cualquier periódico "serio y respetable" y que no eran otra cosa que dos solemnes... plagios! Por si tienes veleidades de convertirte en "corresponsal" ya sabes el medio del cual se valen los que no tienen ideas propias. Y como mi honestidad literaria es exagerada tienes también explicado el "porqué" no encontrarás en mis cartas, que casi serán un diario de viaje, otras observaciones que las absolutamente personales.

Hace tres días que estoy en Milán. Es esta una ciudad muy simpática, limpia, alegre, agradabilísima en todo sentido. Sus grandes tiendas elegantemente puestas, sus lujosas confiterías, las joyerías ostentando alhajas, que valen una fortuna, le dan aspecto de ciudad rica y distinguida.

La tan conocida galería "Vittorio Emanuele" es una de las bellezas de Milán. Esta galería está situada entre la "Plaza del Duomo" y la de la Scala, tiene forma de cruz y en el centro en octógono para formar la preciosa cúpula de 50 metros de altura. Ornada de lindos y llamativos negocios, de cafés concurridísimos, cruzada por miles de personas de todas las nacionalidades, ofrece el aspecto más extraordinariamente movido e interesante que puedas imaginar.

La visita al Duomo (Catedral) fué rica en impresiones artísticas. Las naves severas, imponentes; los colosales ventanales; las obras de arte que allí se admiran; los monumentos, el "tesoro" que guarda cruces bizantinas de

oro macizo y piedras preciosas, estatuas de santos de plata y oro (San Ambrosio y San Carlos de tamaño natural) obligan al asombro místicamente respetuoso.

La forma del Duomo es de cruz latina. En su exterior de estilo renacimiento que contrasta, en parte, con el interior gótico, sostenido por cincuenta y dos columnas, severamente elegantes, de 48 metros de altura... ¡y la cúpula mayor tiene 108 metros! Es de una magnificencia imponente. Entre los monumentos de riquísimos mármo-

los admiramos las tumbas de Intimiano, Visconti, Carli, etc., y la estatua de San Bartolomé desollado, obra notable de Marco Agrami e interesantísima por los profundos conocimientos anatómicos que revela.

La monumental puerta de bronce ejecutada en 1906 por Pogliaghi, es de un valor artístico y de una riqueza por representar en preciosos relieves la vida de Jesús.

En fin, querida, añade a todo esto que el exterior de

la Catedral está revestido de rico mármol, que la adornan dos mil estatuas, salientes y relieves arquitectónicos que son una filigrana, que los mosaicos más valiosos han sido empleados para su piso, que cuanto tus ojos descubren revela grandiosidad y, quizás podrás hacerte una idea aproximada de la esplendidez que en vano he intentado describirte.

Y no creas que esta Catedral impresiona profanamente como otras que semejan museos. No! En el Duomo todo es grave, magestuoso. Sientes que hay algo íntimo que te dice que estás en la "Casa de Dios" y una emoción profunda te hace inclinar la cabeza y doblar la rodilla con reverencia honda y sincera, murmurando una plegaria ferviente que es un acto de fé y acatamiento a la grandeza de la religión cristiana!

Con un buen abrazo en el que vá toda su ternura se despide hasta pronto tu.

FABIOLA.

BIBLIOGRÁFICA

LAS HORAS GALANTES DE CARLOS MARIA DE VALLEJO

Las Horas Galantes constituyen el primer volumen de Carlos María de Vallejo, dado a la publicidad, pues "El Alma de Don Quijote" premiado en el concurso de la Biblioteca Renacimiento de Madrid, no ha aparecido aún.

Las Horas Galantes, en forma poética impecable, mérito este del cual casi siempre carecen los primeros libros, muestran una inspiración vasta y sana dentro de su género perfumado por las rosas y los claveles del Madrigal. El poeta, en estas épocas de predilección por la literatura francesa, se muestra ante todo, enamorado de la vieja poesía castellana. Ya lo dice esto el cuarteto que aparece en la portada, del Condestable Don Alvaro de Lima.

Mi persona siempre fué
et así será toda ora
servidor de una señora
la cual yo nunca diré

páginas después, es confirmado en "Galantería Burlesca".

Mi orgullo de castellano
jamás en galantería
Mendigara idolatría
con su gesto cortésano;
si es vuestro mirar traidor
y a mi pasión inconstante;
amiga, os devuelvo el guante
que me arrojó vuestro amor

Dice el romance apredido,
con orgullo bien sincero:
"Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
y una ingenua vanidad

do hizo creer vencedora
mas la lucha es vengadora
para alcanzar caridad

El poeta tiene el alma abierta para sentir las exquisiteces de las Certes de Amor, para cantar con los labios encendidos por el deseo, ante la eclosia que oculta el rostro de la mujer amada; para sentir en la soledad, la añoranza de un amor lejano; para estelar la silueta de una mujer que pasa, en medio del movimiento febril de las capitales modernas, con un soneto de dulzura pastoral, endulzado con miel de los idilios, o vibrando con "las felinas ansias de un sátiro travieso".

Alas políeromas cierran el volumen y muestran nuevas fuentes de la inspiración de nuestro poeta. Los soldados de plomo lo inician. Ya conocida y admirada desde que apareció, hace mas de tres años,—en la revista montevidéana "Apolo" dirigida por nuestro colaborador Manuel Pérez y Curis, sus cuartetos cantan las alegrías del juego preferido en la infancia.

Uno de ellos dice:

Hoy os veo y sonrío con amargo consuelo
porque no sois como antes a mi mirar de hombre;
en mi vive tan solo de aquel pasado, el nombre,
el santo hogar vacío y unos ojos de cielo...

Loanza a Julio Herrera y Reissig, es digna de la gloria del gran poeta muerto, con la cascada de sus pareados de alejandrinos.

Le sigue un soneto a Armando Vasseur, el bardo a quien Max Nordau ha declarado uno de los mas altos líricos contemporáneos, y otros como El año que muere, La noche buena, que con Mi última voluntad, cierran brillantemente el libro.

Carlos María de Vallejo pertenece a la mas joven generación de poetas uruguayos, su primer libro no es solamente una promesa, es una realidad victoriosa que ha sido y será acompañada por el elogio de la Crítica.

El exceso de material nos ha impedido la aparición de Notas y la restricción de la sección bibliográfica.

La principal casa en Montevideo

PARA VESTIR CON ELEGANCIA

PARIS-BÉBÉS

MIRA Hnos.

Distinguida señora:

Tenemos el honor de participar á Vd. que desde el día 24 de Agosto, hemos puesto en exposición y á la venta, todo nuestro importante surtido de artículos para las estaciones

Primavera-Verano

Por la gran variedad en vestidos modelos, Sombreros adornados, Tapados novedad de playa para niñas, trajes, gorras y calzados para varones, como también el especial surtido en vestiditos, tapaditos, Faldones y gorras para Bébé; nos tomamos la libertad de recomendarle, pues su selección es de lo más novedoso y elegante, que han creado los más afamados modistos de

PARIS Y LONDRES

Esperando seguir mereciéndole la confianza con que Vd. ha tenido la amabilidad de honrarnos siempre, le anticipamos las gracias repitiéndonos sus muy atts. y Ss. Ss.

MIRA Hnos.

PRIMAVERA

VERANO 1914

LA COPA DE L'AUTO

UNA CARRERA SOBERBIA

Si, fué una carrera espléndida, una porfía desenfadada desde el principio al fin entre los

DION-PEUGEOT y los HISPANO-SUIZA

Al lado de estos magníficos coches los otros concurrentes pasaban inadvertidos. Duelo mas emocionante, fuimos presa de extraña emoción, un disparó de cañon, llega Truccarelli y su **Hispano-Suiza**.

Exposición: CALLE 25 DE MAYO, 734

Peluquería, Perfumería y Mercería

DE «LOS OFICIALES»

Lombardi, Carelli y Macellaro

Gran surtido de cuellos, camisas, bastones, impermeables y demás artículos para hombres

Casa especial en corbatas y perfumes finos

Servicio especial de peluquería; empiéanse sistemas modernos de antisepsia.

Masajes faciales, manicuro y gabinete especial para aplicaciones de tinturas.

434 - 25 de Mayo - 434

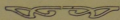
PRECIOS MÓDICOS.

MONTEVIDEO.

Aves de Raza

Wyandottes, blancas y plateadas

\$ 8.00 LA PIEZA



Escribir Casilla Correo Núm. 220

Ajuares, Batones, Blusas, Matinéés, Bonetería y Layettees

Sólo No pierdan el tiempo
en recorrer tiendas,
vayan directamente:

A la Maison de Lingerie

1344 - J. C. Gomez - 1344

Importación
DIRECTA

Todas son novedades
A precios irrisorios



Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Avisamos á nuestros suscriptores semestrales, que con esta fecha vencen sus suscripciones, y que deben apresurarse á renovarlas á fin de no sufrir interrupciones en la recepción de los números próximos. - - -

LA ADMINISTRACIÓN
508 RINCÓN 508

ó Casilla de Correo, 220

A. Picasso y C^{la}

ÚNICOS IMPORTADORES DEL DELICIOSO

Cacao Driessen

VENTA

Almacén San Francisco

CERRITO

333/37

Teléfono Uruguay 228
(CENTRAL)

NUESTROS SUSCRIPTORES

José Batlle y Oribeles
Luis Abente Hoadó
Josefa Acevedo
Joaquín Albano y Mora
Walter C. Amy
María Arrión de Araujo
Federico P. Arrosa
Doctor Francisco Azarola
Doctor Policarpo Aznárez
Carlos L. Balparda
Alfredo Basanez
Natividad P. de Beaso
Lola Sánchez de Berro
Angel Bonilla
Antonio F. Branga
Ernesto Brunel
Matilde Geampo de Cadenas
Señoritas de Castarino
Alfredo Castells Castellanos
Doctor José María Castellanos
Doctor Daniel Castellanos
Alfredo Castells
Eliisa Olasogua de Castells
Fanny Jaurreguiery de Castro
Janni Cal
Leonar Cuchón de Corrán
Mecelina F. Curcio
Francisco E. da Silva
Señoritas de Medina
Albana Seno de Deixelmer
Pedro Díaz
Doctor Pedro J. Dina
Gina Dymont
Caila Durán
Ossas Fallon
Rodolfo Favaro
Rosa Amosín de Ferraz
José A. Ferreira
Manuel P. Flaminio
Carlos Folio
Meyreia Rila de Folio
Carlos Fortiza
Ana María U. de Gallinal
Zelmira Píera Ostar de Jiménez
Domingo García Lagon
Euplio N. Gualfré
José R. González
Agustín Gorlero
Geminiano Grandín
Angel Guerra
Arturo Helbert Jackson

Fernán Houtón
Sofía Platera de Idiarte Borda
Juan J. Illa Moreno
Alberto Lacortell
Enrique Lafargue
Señoritas de Larravide Linarez
Francisco Lasala
Antolín B. Lasala
Doctor Serafín Ledesma
Doctor Luis P. Lengua
Doctor Andrés Lerena
Antonio D. Lussis
Doctor Ricardo Mackinnon
Mateo Magariños
Carlos M. Mañé
Pablo Mañé
Marqués de Medina
Alvaro Martínez
María Correa de Martínez
Máxima Lassar de Martínez
Ana Cinlia de Martini
Maira Piriz de Menéndez
Sofía González de Minelli
Doctor Luis Mondino
José A. Mora Magariños
Doctor Juan B. Morelli
Doctor Lucas Morán
Juan B. Morice
José Luis Mullin
Mendel Muñoz y Maines
Fernando Nebot Alvarez
Ramón B. Negro
Amalia Salvatich de Nery
Augusta Nery
Doctor Carlos Nery
Lorenzo J. Novetti
Doctor Francisco Noriega
María Cilia de Nuzar
José Pérez Ordeig
Doctor Camilo Payró
Doctor Emilia Payró
Alberto Peinado
Manuel Perea y Fuentes
Señorita Elm Perón
Emilia Ferber de Pereyra
Luis María Pérez Butler
Doctor Eugenio M. Petit
Doctor Teodoro Philyro
Diego Philyría
Mareo J. Prevé
Doctor Arturo Puig

CONTINUARÁ

Se encuentran en venta en nuestra Administración:

"HORAS GALANTES" de Carlos María de Vallejo . . . 0.50 cts.
"AIRES DE CAMPO" de Yamandú Rodríguez . . . 0.40 "
"ANFORAS DE BARRO" de Fernán Silva Valdés . . . 0.50 "
"PAISAJES SENTIMENTALES" de Alfredo Martínez . 0.50 "

TABARÉ

REVISTA LITERARIA NACIONAL

508 — RINCÓN — 508



LA URUGUAYA, 932 (cental) MONTEVIDEO



SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 5.50

ID. SEMESTRAL " 2.75

ID. MENSUAL " 0.50